

Historia y región en el Ecuador:

1830-1930

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES
Volumen 30

Historia y región en el Ecuador:

1830-1930

Editor:
Juan Maiguashca

Proyecto FLACSO-CERLAC, IV



**CORPORACION
EDITORIA NACIONAL**

CS

Contenido

Presentación	7
Agradecimientos	9
Introducción	13

PRIMERA PARTE: LAS REGIONES

1. El Oriente ecuatoriano en el siglo XIX: “el otro litoral” Anne Christine Taylor	17
2. La Sierra Sur (1825-1900) Silvia Palomeque	69
3. La Sierra Centro y Norte (1830-1925) Yves Saint-Geours	143
4. Guayaquil y su región en el primer boom cacaotero (1750-1820) Carlos Contreras	189
5. Guayaquil y su región en el segundo boom cacaotero (1870-1925) Ronn Pineo	251

SEGUNDA PARTE: LOS NEXOS

6. Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930 Jean-Paul DeJér	295
7. El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895 Juan Maiguashca	355

I. El Oriente ecuatoriano en el siglo XIX:

“el otro litoral”*

Anne Christine Taylor

INTRODUCCION

Las peripecias de este ensayo ilustran el curioso estatus de la Alta Amazonía en la historiografía ecuatoriana. En las fases preparatorias de este volumen, la inclusión del Oriente no fue considerada por dos motivos fundamentales: no había tomado parte activa en la historia del siglo XIX, como era el caso de la Sierra y la Costa, y no se contaba con historiadores especializados en este tema. Empero, una loable curiosidad o un escrúpulo de minuciosidad de última hora llevó al editor a incorporarlo de todos modos. Para este efecto recurrió a una etnóloga, pues conforme a la división tradicional en nuestras disciplinas, son los antropólogos los que estudian la inmovilidad de las selvas periféricas, mientras los historiadores tratan la dinámica de los ejes centrales.

Por ser lentos los ritmos de la historia de las tierras bajas compaginan mal con la diacronía del resto del país. Se sabe que la división del tiempo en períodos siempre es arbitraria; no obstante, hay consideraciones historiográficas y plausibles razones objetivas que justifican perfectamente que en la Costa y la Sierra ecuatorianas, se aislara el siglo XIX como una unidad de análisis. En las tierras bajas, mientras tanto, este ejercicio es absurdo pues, en este caso, se podría hablar de dos siglos XIX, incluso tres, según la manera en que se considere la sangrienta aventura del boom cauchero. Todo lo cual nos lleva a la constatación siguiente. La historia amazónica post-colombina tiene algo peculiar: alterna breves ciclos de aceleración vertiginosa con largos períodos de evolución lentísima o de casi inmovilidad. Además, y esto es fundamental, estos ritmos no dependen en absoluto del dinamismo de los sectores “centrales”, es decir, del eje Quito-Guayaquil.

Estos problemas de cronología, y el singularísimo régimen de historicidad hacia el cual apuntan, tienen sus raíces en tres conjuntos de factores que es necesario recordar brevemente.

El primero tiene que ver con la extrema *marginalidad* sociológica, econó-

* Traducido del francés por Juan Manguashca.

mica y política del piedemonte amazónico ecuatorial. De todos los países sudamericanos que dan a la selva, el Ecuador es a lo mejor el que más problemas ha tenido en incorporar, incluso ideológicamente, su espacio amazónico. Las ondas de cambio histórico emitidas del “centro” nacional le llegan con atraso y de modo bastante atenuado. Por el contrario, las influencias externas, particularmente las que provienen de los países colindantes, le afectan más rápidamente que a Quito o a Guayaquil. El inexorable avance portugués, por ejemplo, fue una realidad cotidiana -y dramática- para los indígenas y para los misioneros orientales, mucho antes que tuviera consecuencias políticas concretas en Lima o Quito. Cuando la marejada del caucho sacudió finalmente el macizo ecuatoriano de los Andes, esta ya se había agotado en las tierras bajas. En este sentido, la vertiente oriental ecuatoriana constituye una especie de segundo litoral, abierto sobre un océano gobernado por movimientos todavía desconocidos.

El segundo factor se refiere a la gran *heterogeneidad* de formaciones sociales que co-existen en el piedemonte y a la diversidad de sus modos de comunicación con la sociedad dominante. ¿Que tenían en común, en 1880, las sociedades Tukano del Napo norte y los Quechua de Bobonaza, o estas culturas indias y los colonos de Zamora y Gualaquiza? A primera vista se diría poco o nada. En realidad todas ellas estaban entrelazadas por múltiples relaciones seculares. A tal punto que ha llegado el momento de descartar de una vez por todas la lamentable mitología, base de un turismo deshonesto, que ve en los Waorani los conmovedores ejemplares de un primitivismo milagrosamente preservado, y en los sobrevivientes de la Casa Arana unos fósiles vivos de la edad de piedra.

Para convencerse de este aserto, basta pensar un momento en el impacto de la conquista ibérica sobre las sociedades amazónicas. Un buen número de los rasgos considerados sintomáticos de su arcaísmo -el atomismo social y domiciliario, el igualitarismo, la tecnología sencilla- es en efecto, el resultado de una adaptación al mundo colonial. Inclusive ciertos grupos humanos como los Lamista, los Canelos y los Xebero tienen sus orígenes en el hecho colonial. Lo que no quiere decir que la conquista no destruyera de raíz las culturas autóctonas, introduciendo así un proceso de homogeneización. Estas culturas no desaparecieron sino cambiaron. Además la diversidad entre ellas se mantuvo. Sobre todo se cristalizó la radical diferencia entre las culturas indígenas y las occidentalizadas del centro. Para cerciorarse de esto basta considerar brevemente cuan diferentes son las concepciones del tiempo y del cambio que tienen estas dos sociedades, así como sus respectivos patrones de vida.

Por otra parte, la escala de esta vasta región y los modos peculiares de su colonización produjeron notables discrepancias cualitativas a nivel local. Mientras en algunos sectores predominó la encomienda, en otros se dieron formas de explotación muy distintas. Las poblaciones de Napo, Macas o Borja, por ejemplo, tienen sendas instituciones y modos de articulación diferentes de los correspondientes a las sociedades indígenas, o de la sociedad global.

Además, mientras que en las tierras altas en el siglo XIX la gran mayoría de

las poblaciones indígenas estaban sometidas directamente a las exigencias de la producción comercial, independientemente de su grado de aculturación, en las tierras bajas orientales la incorporación a la economía comercial, aunque tratándose de un fenómeno generalizado en la región, asumía formas infinitamente más indirectas y más mediatizadas.

Por último, si por doquier en el Ecuador decimonónico la circulación monetaria fue relativamente escasa, en la Amazonía es francamente inexistente, cosa que para muchos de sus habitantes lo seguiría siendo hasta mediados del siglo XIX.

El tercer factor proviene en parte de los otros dos y se refiere a las inmensas *disparidades en el ritmo de desarrollo de los diferentes elementos* que componen una totalidad histórica. De ahí la coexistencia, muchas veces incongruente, de rasgos de un modernismo de vanguardia y de aspectos totalmente arcaicos. La explotación del caucho ofrece una buena ilustración de este fenómeno, ya que junta las características más "avanzadas" de expansión capitalista y de técnicas financieras, con las formas más atrasadas y más inhumanas de utilización de la mano de obra. Para expresar las cosas de un modo sumario, diremos que en el siglo XIX tanto en la Costa como en la Sierra, todo se mueve simultáneamente, aunque no de manera estrictamente sincrónica. En estos ámbitos el entrelazamiento entre causas y efectos es rápido. En la Amazonía, por contraste, las relaciones de producción, por ejemplo, pueden permanecer sin cambiar por siglos enteros muy a pesar que se dé un aumento en las fuerzas de producción en términos cuantitativos. Por otro lado, la introducción de nuevos métodos de producción parece, a veces, no haber tenido efecto alguno en la evolución de las relaciones de producción. Esto, por supuesto, no es una propiedad mística de la realidad amazónica, sino un efecto de la naturaleza particular del sistema de dominación en las tierras bajas.

Si tomamos en cuenta los tres factores que acabamos de caracterizar, resulta claro que no se puede tratar la historia amazónica del siglo XIX sin hacer extensas referencias a siglos pasados, pues lo que urge explicar en esta historia, no son tanto las rupturas sino las continuidades. Este tipo de análisis se hace más necesario debido a que, con el correr de los años, las continuidades se han vuelto invisibles para muchos, transformándose de hechos históricos en características geográficas. Un ejemplo de esta metamorfosis se encuentra en las interpretaciones del carácter original de la historia amazónica en términos geográficos. Se olvida el rol de los procesos culturales que, como hemos visto, fue en gran parte definido muy temprano, en el siglo XVI. Algo parecido sucede en el siglo XIX con las interpretaciones de la expansión territorial del frente pionero que enfatizan el determinismo del espacio físico. En realidad, esta expansión se basó en patrones de conducta desarrollados durante la primera mitad del siglo XVIII, dentro del marco de la creación de ciertos grupos étnicos coloniales y de la transformación de las relaciones inter-étnicas indígenas, correlativas a estos procesos de etnogénesis. En resumen, si se quiere apuntar a una visión de conjunto de la Amazonía en su dimensión histórica, es menester evocar el funcionamiento de los tres factores que hemos discutido brevemente en esta introducción.

Marcha atrás, sí, pero también rebasamiento hacia el presente, puesto que muchos aspectos de la Amazonía de 1850, o de 1740, o inclusive de 1580, persisten aún en pleno siglo XX. Si Loja y Cuenca en 1940 son ya ciudades ampliamente abiertas a las corrientes de la historia eontinental, a pesar de su letargo provinciano y de sus modestas dimensiones, Macas, en la misma época, es todavía un misérrimo conjunto de chozas habitadas por mestizos que llevan taparrabos, que hablan un dialecto jíbaro y viven a base del trueque con los Shuar que les circundan. Solo los más afortunados y los más despiertos de estos Macabeos semi-salvajes se atreven de vez en cuando a viajar hasta las cercanías de Riobamba a visitar a sus compadres y protectores -pequeños notables locales- y a proveerse de puntas metálicas para las lanzas que, a su vez, son canjeadas por aves y animales domésticos.¹ En cuanto al Puyo, una población hoy en día de casi 20.000 almas, albergaba cuatro personas en 1900 y menos de 200 en 1940, todas recién inmigradas. Por último, ¿qué se puede decir de los buscadores de oro de Nambija que en sus comienzos, alrededor de 1980, reencarnaron a los de Rosario o Zamora en el siglo XVI?

Las reservas que se pueden tener respecto a unidades de análisis en términos de siglos no conllevan, como se verá a continuación, al rechazo de toda forma de periodización. La que hemos empleado aquí tiene como criterio esencial los ritmos de la evolución de las relaciones entre los indios y los colonizadores. Así se distinguirán, a grandes rasgos, cinco fases en la historia de la alta Amazonía ecuatoriana desde la conquista hispánica hasta nuestros días:

1. Un corto ciclo inicial (1540-1580) de penetración colonial brutal, masiva y anárquica, conectado con un efímero boom aurífero que se acaba antes del fin del siglo XVI. Para la población autóctona de la región, éste es un período de reveses muy intensos y rápidos. Además, el fin del auge minero tiene como consecuencia el desmoronamiento del frente de colonización.

2. Un segundo ciclo (1640-1760) más largo y de ritmo menos intenso, caracterizado por el desarrollo desde 1640 de un vasto frente misionero, imponente pero frágil, que se expande a partir de los poquísimos asentamientos coloniales que lograron sobrevivir al colapso del primer ciclo. Es un período de disminución demográfica constante entre la población indígena, pero también de adaptación y de introducción de formas sociales inéditas y de nuevos tipos de relaciones de producción. Es también en esta época cuando se teje de modo progresivo la relación ambigua, simbiótica y conflictiva entre colonos y misioneros, una típica relación de las zonas fronterizas hasta bien entrado el siglo XX.

3. La tercera fase, que se extiende aproximadamente de 1770 hasta 1840, está marcada por el acentuado decaimiento de los establecimientos coloniales, el fraccionamiento del frente misionero y una carencia total de poderío y de control central. Es también el momento en que surgen en la región intensas rivalidades entre los dos

¹ Buenas descripciones de Macas, a fines del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, se encuentran en Reiss 1880, Barrueco 1950, y Wavrin 1940.

virreinos y luego entre las dos naciones adyacentes. De forma correlativa, este período se caracteriza por un lento aumento demográfico y por cierta expansión territorial de las sociedades indias que sobrevivieron.

4. El cuarto período (1850-1900) ve desarrollar nuevamente una oleada de penetración, inicialmente lenta -hasta el año 1870, más o menos- y luego cada vez más masiva, como consecuencia del gran boom cauchero cuyo apogeo se sitúa hacia 1890. El hecho que más llama la atención en esta fase es el cambio del eje de desarrollo en comparación con las épocas precedentes: los hombres, los bienes manufacturados, la política de colonización -que también es nueva- llegan del sureste, del frente peruano y ya no del centro ecuatoriano.

5. Después de las perturbaciones dramáticas de la era del caucho, la quinta fase (1900-1940) constituye para los indios una época de relativa tranquilidad, en el sentido de que la masa de inmigrantes llegados entre 1870 y 1900, desapareció tan bruscamente como había aparecido. Pero este período es también la gran época del "patronazgo", introducido a raíz del caucho, de manera que, aunque los blancos no estén físicamente presentes, su dominio sigue vigente y es inclusive más generalizado que en el período anterior. Esta fase, en la medida que se basa en estructuras preexistentes, constituye, por lo tanto, una evidente prolongación del siglo XIX.

Estos son los ciclos que trataremos en este ensayo. En lo que se refiere al período contemporáneo, 1950-1990, este no será tratado aquí. Es una fase que se caracteriza por la aparición del trabajador asalariado y por la ruptura definitiva del frente misionero. Solo entonces la Amazonía ecuatoriana entra en el siglo XX.

El conjunto de las reflexiones que hemos hecho hasta el momento ha guiado la elección del modo de exposición que hemos adoptado en este ensayo. La primera parte cubre los dos primeros ciclos (1540-1760), período durante el cual se consolidan las grandes líneas de fuerza que dirigen la evolución de la alta Amazonía hasta mediados del siglo XX. Esta parte consta de dos secciones: en una se estudian las estructuras del frente pionero, y la otra se concentra en las transformaciones ocurridas en el universo indígena colindante.

La segunda parte de este trabajo abarca los tres ciclos siguientes (1770-1940) y se analizan las tendencias más importantes que se desarrollan al interior de ellos. Por un lado se bosqueja el ocaso de la Amazonía Colonial, la ofensiva peruana y el tardío despertar del piedemonte ecuatoriano. Por el otro, se muestra la naturaleza y la transformación de las formas de dominio y explotación económica de las sociedades autóctonas, por parte de la sociedad dominante.

Para concluir agreguemos que este artículo sintetiza varios capítulos de una tesis de estado en vía de terminación. Al mismo tiempo vuelve a exponer, especialmente en la primera sección, ciertas conclusiones presentadas en un trabajo colectivo ya publicado sobre las relaciones entre las tierras altas y las tierras bajas entre los siglos XV y XVI (Casevitz, Renard, Saignes, Taylor, 1986). Por esto hemos reducido considerablemente en el texto actual, sobre todo en la primera parte, las indicaciones de fuentes y el aparato bibliográfico.

I. LAS ESTRUCTURAS DE LA AMAZONIA IBERICA, 1540-1760

La historia de una frontera fósil

Aquí como en todas partes durante la época colonial, la primera oleada de colonización en el piedemonte amazónico ecuatoriano -que tuvo lugar cronológicamente siguiendo un eje noroeste/sureste entre 1540 y 1620- fue impulsada primero por la explotación de aluviones auríferos y luego, muy rápidamente, por el descubrimiento de las minas de oro del piedemonte meridional (esencialmente en Zamora). La penetración hispánica, ya se sabe, fue acompañada por la creación de una red urbana relativamente densa, en comparación con la sierra o la costa y por una afluencia de inmigrantes imposible de calcular con exactitud, pero que fue sin duda muy considerable.²

Una vez dicho esto, no hay que sobrestimar la importancia material de las poblaciones amazónicas. El término "ciudades" que se usaba para calificar estos asentamientos, indica bien la importancia que los españoles daban al modelo urbano, pero expresa muy mal la realidad física de estos pueblos sórdidos y efímeros. Por otra parte, el fenómeno de urbanización intensa y precoz en la Amazonía, no debe hacernos perder de vista el carácter sumamente móvil de la población colonizadora, entregada a pesar de la naturaleza hostil del medio, a un vagabundeo devastador por toda la región, tanto en búsqueda de nuevos lavaderos de oro como de esclavos. Por esta razón estas ciudades y sus ocupantes tuvieron un efecto desproporcionado en relación con su papel económico o su importancia demográfica. Los barrios ambulantes de los *garimpeiros* del Brasil amazónico de hoy, dan una imagen bastante fiel de la apariencia material y de la población de los asentamientos del piedemonte andino en la época del boom aurífero.

Hacia finales del siglo XVI -entre 1580 y 1625-, esta frontera empezó a desmoronarse muy rápidamente. Este fenómeno se debió a un conjunto de factores: al carácter frenético y anárquico de la colonización y a la relativa debilidad de los métodos de control y de organización de las poblaciones indígenas locales, al agotamiento de los recursos auríferos y, sobre todo, a la desaparición de la mano de obra india que había huido, o que había sido masacrada o aniquilada por las epidemias. Es verdad que los españoles, especialmente en Quijos y en Macas, intentaron montar una industria de textiles, puesto que después del oro fue el algodón la principal riqueza de esta zona, producto que por otra parte, pronto se constituyó en el rubro esencial del tributo de los indios en encomienda, tanto en Quijos como en el valle del Upano. El algodón, sin embargo, tampoco bastó para sentar las bases de un despegue económico, y los textiles jamás llegaron a ser exportados. No obstante, el algodón desempeñó un papel fundamental en la economía regional, puesto que la vara de algodón burdamente tejida, llegó a ser rápidamente y por mucho tiempo, en la alta Amazonía tanto como

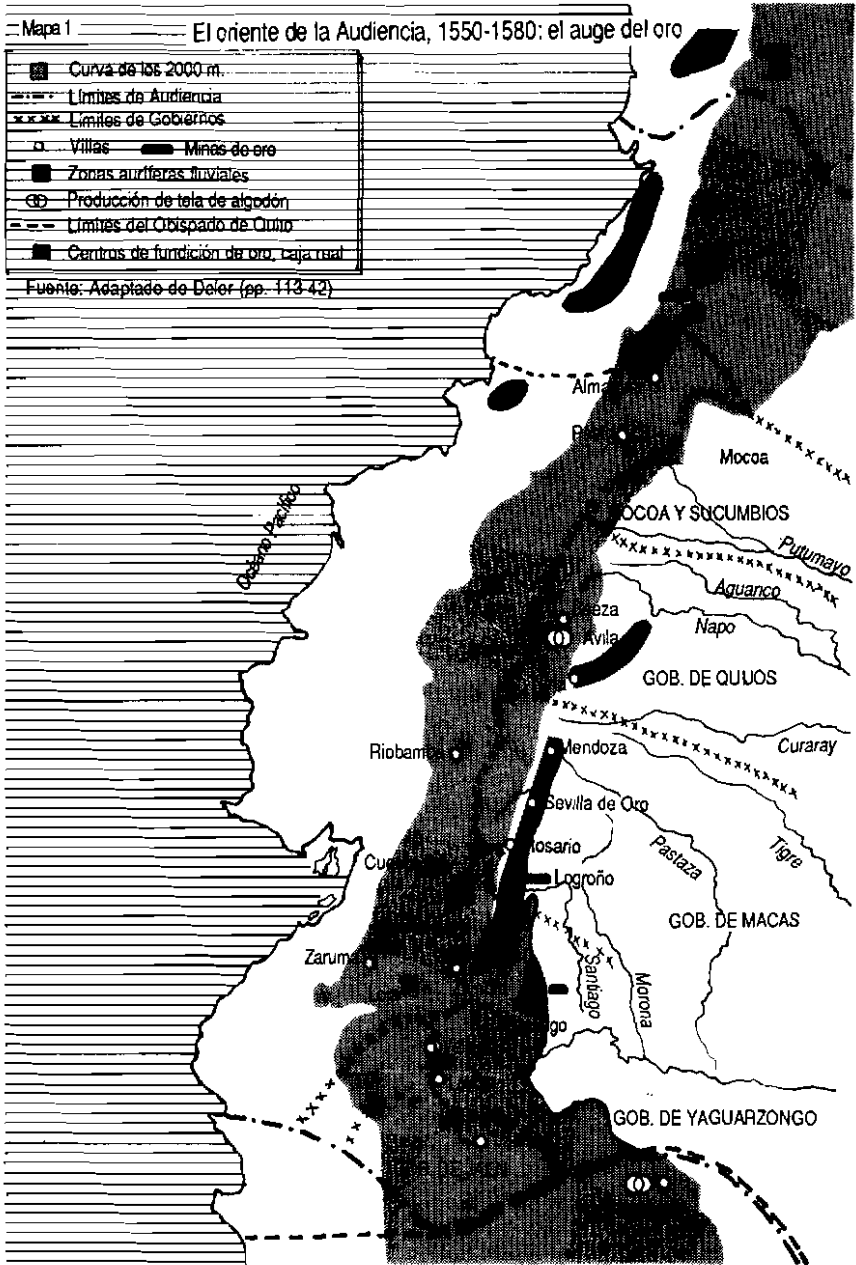
2 Ver sobre todo Deler, 1981: 46-48; y Casevitz, Saignes y Taylor, 1986: 2/253.

en Para, al otro extremo del continente, la unidad monetaria con la cual se pagó usualmente el trabajo de los indios.³

Es así como, en ausencia de nuevos atractivos económicos, a partir de 1580, el grueso de la población inmigrante se desplazó hacia la sierra, de tal forma que hacia fines del siglo no quedaba sino un puñado de residentes en las tierras bajas. En lo que se refiere a las ciudades, muchas de ellas desaparecieron como fue el caso de Logroño, Sevilla de Oro e inclusive Zamora, transitoriamente abandonada. De modo paralelo, las vías de acceso hacia el Oriente se deterioraron y se redujeron. Los caminos a Cuenca o Loja por Zamora y Paute casi se cerraron y cayeron bajo control de los Cañaris y de los Jíbaros. En cuanto a la ruta del Pastaza por Baños, una ruta larga y peligrosa, no fue verdaderamente reabierta hasta fines del siglo XVIII. A lo largo del piedemonte ecuatoriano austral solo tres rutas -las menos directas y más difíciles- quedaron abiertas: la que pasa por Chachapoyas y el alto Marañón, al extremo sur; la que pasa por Valladolid y el Chinchipe; y por fin la que pasa por Zuña y el valle del Upano.

Aquí tocamos uno de los efectos a la vez más decisivos y peor conocidos de la conquista hispánica del piedemonte oriental: la transformación en frontera, en todos los sentidos del término, de una región antiguamente muy poblada en ciertas zonas y sobre todo estrechamente asociada por múltiples lazos políticos, sociales, económicos y culturales a las poblaciones de la sierra. Claro, el proceso de ruptura entre las tierras altas y las bajas, ya lo habían empezado los Incas; estos desmantelaron en gran medida el sistema de alianzas políticas verticales, por ejemplo, y fueron los primeros en formular la dicotomía entre la "civilización" de las tierras altas y la "barbarie" de la selva. A pesar de esto, la ocupación incaica de los Andes del norte no tuvo como consecuencia una disminución demográfica de la región, ni una ruptura de las redes económicas y sociales. El caso de la ocupación hispánica es diferente. En el lapso de pocas décadas, los españoles -involuntariamente sin duda- lograron eliminar todo lo que quedaba del tejido de relaciones pre-incaicas. Esta ruptura se completó más tarde con la retirada de los asentamientos de los colonos y se caracterizó por las siguientes manifestaciones. Las primeras son físicas y espaciales en la medida en que el piedemonte, o grandes sectores de él, se vacían de sus habitantes, ya que los indios huyen hacia las tierras altas o hacia el este, especialmente en toda la región situada entre el Paute y el alto Marañón, donde el impacto del primer asentamiento fue, debido a las minas, más masivo y violento. El divorcio entre las tierras altas y el mundo selvático se traduce también en una redefinición y una polarización notable de las identidades étnicas indígenas, ya que las continuidades culturales antiguas habían sido abolidas en beneficio de una oposición simplificada entre dos sistemas de valores incompatibles: los indígenas y los occidentales. En resumen, el arcaísmo y la inmovilidad que caracterizan la Amazonía en relación con las zonas andinas y costeras, lejos de ser una herencia del pasado precolombino, o un efecto de la inercia característica de socieda-

3 A ese respecto ver por ejemplo Sweet 1974 y Brüning 1928.



des indias sumidas en su primitivismo, deben ser consideradas como uno de los resultados del proceso colonial.⁴

Irónicamente una de las mayores víctimas de la antinomia que acabamos de describir, fueron los mismos colonos españoles de las tierras bajas. Aislados de la sierra tanto por el desmoronamiento y el empobrecimiento de las vías de comunicación, como por la lenta desaparición o el relajamiento de los lazos económicos y sociales con los centros andinos, pronto se encontraron irremediabilmente marginados. La sociedad que luego se desarrolló en estos pueblos insulares, fue en muchas cosas más parecida a la de los indígenas que les rodeaban que a la sociedad urbana andina. Esta gente miserable, cada vez más indianizada en cuanto a la vivienda, a las prácticas alimenticias, e incluso al vestido y al lenguaje, a veces reducida a vagabundear tras los indios de los que se habían convertido en parásitos, a pesar de todo, no abandonó el sueño de una ociosidad hidalguesca y trató de diferenciarse de la "barbarie" que los amenazaba negándose a trabajar con las manos.

La paradoja que caracterizó al universo colonial amazónico, desde el fin del ciclo minero hasta las primeras décadas del siglo XVIII, fue la de constituir una economía esclavista de subsistencia, y aun de supervivencia. Pocas han sido las sociedades que han consumido tantos esclavos -en proporción al número de sus dueños- y al mismo tiempo producido tan poca riqueza. A diferencia de las colonias brasileñas del Maranhão, los establecimientos españoles de la alta Amazonía -con la notable excepción de Moyobamba- ni siquiera supieron montar una "industria" exportadora, por simple que fuera, como sucedió con los textiles en el Para. Aparte de la cosecha de productos selváticos, el trabajo que se exigía a los esclavos fue básicamente de tipo doméstico: construcción de casas, provisión de carne de caza y cultivo de las chacras. Se trataba, en definitiva, de asegurar la precaria existencia de un puñado de colonos andrajosos. La única fuente de riqueza -si así se puede llamar- fue el bosque y sus productos naturales: cacao silvestre, canela, zarzaparilla, copal, quinina... etc., recursos que fueron objeto desde fines del siglo XVI de un odioso saqueo más o menos destructor según la época, sin que jamás apareciera ni siquiera la idea de una gestión económica racional, ni una preocupación por el posible agotamiento de las riquezas codiciadas. Este enfoque puramente expoliador de una naturaleza considerada como enemiga, ha caracterizado la relación de los blancos y mestizos hispanizados con el medio ambiente selvático. Es una actitud que sigue vigente hoy en día.

La brutal indiferencia de los colonos hacia el medio ambiente -natural y humano- del cual dependían, se explica por su falta de raíces en la región. En efecto, lo que importaba en la Amazonía era la propiedad de los seres humanos y no de la tierra, salvo dentro de las ciudades y en los terrenos colindantes. La economía colonial oriental puede definirse, entonces, como una especie de cáncer adherido a la relación tradicional de las sociedades indígenas con su medio ambiente: como se sabe esta

4 Esta cuestión constituye el tema central de la obra ya citada de Casevitz, Saignes y Taylor: para el Ecuador ver el tomo 2 en particular, *passim*.

relación fue de uso y no de apropiación, informada por una ideología de reciprocidad, rasgos que están muy lejos de la rapacidad obtusa de los colonos. Además, los españoles tenían frente a la mano de obra la misma actitud que tenían frente a la selva y sus riquezas: los indios eran como productos cosechables, a los que tan solo había que buscarlos. En cuanto a los muertos, por cierto innumerables, era fácil reemplazarlos. Totalmente desvalorizados, incluso como simples herramientas (recordemos que un esclavo negro valía cinco o seis veces el precio de un esclavo indio) los indios nunca fueron considerados como capital, cosa que hubiera moderado la explotación a la que fueron sometidos. Ni siquiera entre los jesuitas de Maynas se encontró a alguien -y esto es sintomático de la pequeñez de este mundo forestal español- dispuesto a seguir las huellas lascasianas o las de un José Vieira y a denunciar el espantoso despilfarro de la colonización amazónica.⁵ En resumen, desde los comienzos del siglo XVII la suerte estaba echada: de aquí en adelante la Amazonía estaría destinada a repetidas devastaciones de una economía de *booms*, orientada completamente hacia la búsqueda ruidosa y frenética de la plusvalía absoluta.

Es precisamente la cuestión del abastecimiento y de la supervisión de la mano de obra indígena, la que proporciona a los misioneros la ocasión de establecerse en una región entregada hasta ese momento únicamente a los intereses de los encomenderos.

Dicho esto, el desarrollo local de un frente misionero en la alta Amazonía, se inscribe de modo muy evidente en una dinámica común a todas las zonas marginales de la colonia ibérica: un proceso idéntico tiene lugar hacia la misma época en el bajo Marañón, en Mojos, en el Paraguay y en los llanos de Venezuela. La "misionarización" de las tierras bajas se puede explicar por la conjunción de dos factores: la necesidad de los gobiernos locales -incapaces de administrar los inmensos confines de los territorios puestos nominalmente bajo su jurisdicción- para mantener relevos y la voluntad de asegurar una presencia de la corona en zonas mal delimitadas, codiciadas e invadidas progresivamente por el poder vecino y ocupadas además por poblaciones autóctonas a veces importantes y generalmente hostiles.⁶

En la región que nos concierne, la misión jesuita de Maynas fue con mucho la más importante por sus dimensiones geográficas, por su efecto en el mundo indígena y por la importancia de los modelos de administración que desarrolló. Esquemáticamente se distinguen tres fases en la historia de la misión: de 1638 hasta 1660, un período de exploración intensiva, caracterizado por una estrecha colaboración con los colonos y por el perfeccionamiento de las técnicas de reducción; luego, de 1660 hasta 1700, una fase en la que hubo una gran oleada de expansión en el sector Pastaza-Curaray-Tigre, acompañada de numerosas fundaciones de reducciones; por fin, a partir de 1720, a medida que este primer frente se desmorona como consecuencia de las

5 Pensamos por supuesto en el famoso "Sermón de los Esclavos" (1653) de Antonio Vieira, en *Sermões e Cartas*, Braga, 1958 y 1963, vol. 3, p. 92.

6 Para una buena presentación general del problema de las fronteras en las colonias de América Latina, ver Lockhart y Schwartz, 1983.

rebeliones y de la mortandad que sufrían las misiones, hay una segunda oleada de entradas y de fundaciones, mucho más al este, hacia la cuenca del Napo y del Amazonas central. Esta fue detenida cuando el orden jesuita fue expulsada en 1767.⁷

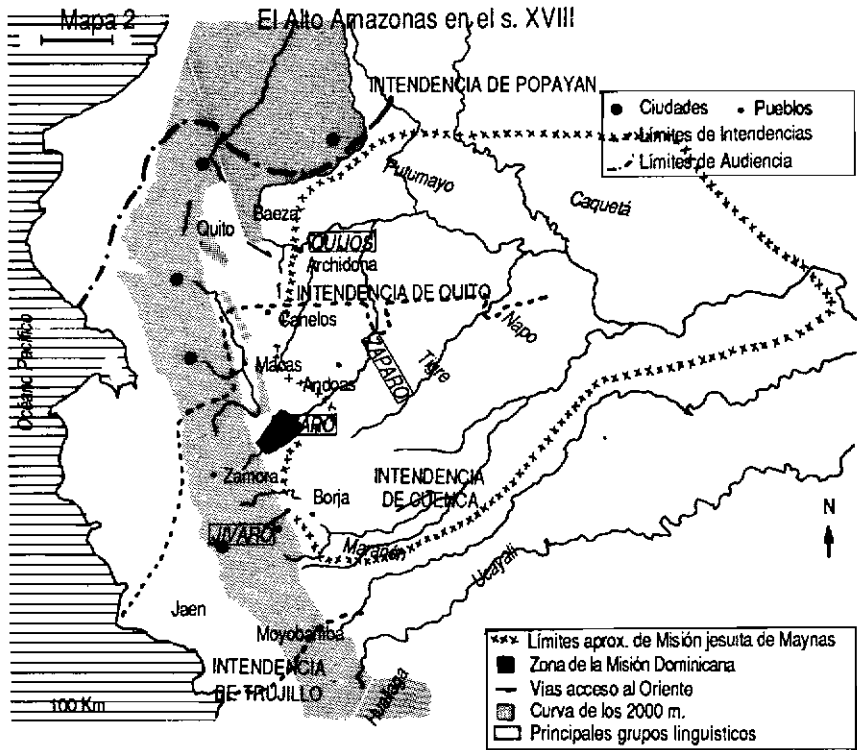
En apariencia, el desarrollo de la misión jesuita fue espectacular: en el lapso de cien años la Compañía de Jesús, logró fundar más de cuarenta reducciones, reuniendo con el paso del tiempo varias decenas de miles de indios. En realidad, este edificio fue muy endeble, puesto que la gran mayoría de las reducciones creadas tuvo una existencia muy efímera. Esta fragilidad se puede explicar por la debilidad de los efectivos misioneros -no eran en ningún momento más de una veintena para dirigir, en teoría, casi cien mil personas (hacia 1650)- y, por la ausencia de una estructura administrativa y militar coherente y organizada. Dicho de otro modo, el frente de la colonización fue adecuado para asegurar a los jesuitas una “clientela” permanente que huía de las exacciones de los encomenderos, pero no bastó para que los religiosos pudieran consolidar sus adquisiciones y su dominio sobre los indios.

La llamada que hizo a los jesuitas en 1634 el gobernador de Borja, señaló el nacimiento de una relación ambigua, a la vez conflictiva y simbiótica, que caracterizó hasta hace muy poco las relaciones entre los misioneros y los colonos en el piedemonte ecuatoriano. Fue una relación conflictiva en la medida en que ambos grupos se hallaban frecuentemente compitiendo por la captura de los indios -destinados a la encomienda o a las reducciones- y por la recolección de las exiguas riquezas que estos pudieran proporcionar. Respecto a este punto, los archivos rebosan de denuncias contra los religiosos, acusándoles de esclavitud clandestina, de tráfico ilegal, y de “romper” los precios de artículos manufacturados, es decir, de minar, con sus prácticas cripto-comerciales, uno de los mecanismos esenciales de la extracción de valor por parte de los colonos, a saber, la imposición de tarifas exorbitantes en el intercambio.⁸

La relación entre misioneros y colonos fue también una relación simbiótica, puesto que cada uno dependía del otro para sobrevivir: fue precisamente la rapacidad y la presión de los colonos, lo que contribuyó a empujar hacia los brazos de los misioneros a una población indígena que, de otro modo, no hubiera estado dispuesta a dejarse reducir. Pero sin los misioneros y la ayuda de los acólitos indígenas reclutados en las reducciones y controlados por los religiosos, los colonos no habrían tenido los medios para obtener de los indios “libres” o en encomienda, el trabajo y la riqueza que les permitiera vivir. Los unos no pudieron reproducirse sin los otros, pero al mismo

7 La bibliografía concierne a la misión de Maynas es muy abundante. Nos limitaremos a citar aquí las fuentes más importantes: Jouanen 1941 y 43, Chantre y Herrera 1901, Maroni 1889-1892, Figueroa et al., 1986. Para una buena síntesis etnohistórica, ver Grohs 1974 y A. Golob (1984). Para la historia política e institucional, ver la excelente tesis de M. E. Porras (1987).

8 Ver Jouanen 1943 (428-441), que se basa en los informes internos redactados entre 1728 y 1773. Hay que decir que se ignora casi toda la historia económica de la misión de Maynas. Los archivos que habría que consultar prioritariamente, son los de la Procuraduría de Quito; desgraciadamente son de difícil acceso. En lo que concierne al funcionamiento general de las reducciones en la Amazonía y su impacto en las poblaciones Indias, además de las fuentes ya citadas, se puede consultar también Marzal 1985.



tiempo se consideraron como una amenaza mutua. Esta historia de colaboración y conflicto, se repite con los curas dominicanos o franciscanos en el siglo XIX y con los salesianos en el siglo XX.

A pesar de su raigambre superficial y de los fracasos que acumuló, la misión jesuita de Maynas ha dejado huellas duraderas en las sociedades indígenas de la región. En muchos grupos, la organización del espacio y de la vivienda -en particular la alternación de vivienda agrupada/dispersa- o la disposición de las aldeas en barrios -como en Andoas o en Lamista- o las estructuras familiares y demográficas -el abandono de la poligamia, el casamiento de hombres muy jóvenes, típico de las sociedades sclváticas quichua-hablantes-, o el sistema político y ritual -la difusión de un modelo simplificado del sistema de cargos-, son todos elementos heredados directamente de la época jesuita. A veces esto fue el resultado de la ampliación de prácticas que ya existían, otras veces se trató de la introducción de nuevos sistemas de conducta. Otras herencias de los jesuitas fueron: las modificaciones en el vestido -no

queda prácticamente ningún indio “desnudo” en la alta Amazonía desde el siglo XVIII-, la introducción de nuevas plantas -el arroz, la yuca amarga- y las especializaciones productivas -la fabricación para el intercambio o para el mercado de curare, de harina de yuca, de esteras, de tejidos-. Sin embargo, la consecuencia más importante de la colonización misionera fue, sin lugar a dudas, el clivaje que ella contribuyó a establecer entre los “colaboradores” y los “refractarios”, entre los quichua-hablantes bautizados y sedentarizados y los “infiel nomadas”, en resumen, entre los “mansos” y los “bravos”, los Runas y los Aucas. Los primeros se articularon con los asentamientos coloniales, como tributarios o clientes, bajo forma de tribus neo-coloniales forjadas en las reducciones y en las encomiendas, con los residuos de culturas decapitadas por los españoles. Los segundos se replegaron a refugios interfluviales, donde buscaron protección tanto de las incursiones esclavistas como de las entradas evangélicas -al menos en la región que aquí nos concierne-. Sin embargo, el contacto con el frente de la colonización no desapareció y desde comienzos del siglo XVIII hasta 1800, existió mediatizado por las tribus quichua-hablantes instaladas en las afueras de los asentamientos coloniales y en los grandes ejes de comunicación.

El Mundo Indio: del colapso a la adaptación

Este resumen panorámico de las formas de implantación y desarrollo de la frontera de colonización en el piedemonte sur-ecuatorial, desde sus inicios hasta la mitad del siglo XVIII, nos lleva a ocuparnos de un problema que es a la vez evidente y muy complejo: ¿por qué los Indios se dejaron reducir por los Jesuitas, aunque solo fuera durante algunos años?

En otras palabras: ¿cómo pudo la presencia de tan pocos individuos -un puñado de religiosos, algunas centenas de colonos- tener tales efectos sobre una población inicialmente tan numerosa y repartida en un espacio tan vasto? No hay respuesta simple a esta pregunta, pero si hubiese una podríamos anotar que en la mayoría de casos, los indios simplemente no pudieron evitar el colapso porque tuvieron que afrontar el efecto combinado de múltiples factores, de los cuales nos ocuparemos seguidamente.

Ante todo, y como telón de fondo, hay que tener en cuenta el choque epidémico y sus consecuencias indirectas, el cual significa una profunda desestructuración sociológica y psicológica por efecto de las enfermedades. En segundo lugar estuvieron las incursiones esclavistas y las entradas evangélicas, operaciones de las que no podemos subestimar su frecuencia e importancia, ni su extensión geográfica. En tercer lugar, fue importante la introducción de herramientas de hierro, poderoso agente de atracción hábilmente manipulado por los misioneros. En cuarto lugar, hay que mencionar también la transformación de los circuitos de intercambio tradicionales, frecuentemente interrumpidos debido a las migraciones forzadas y al miedo a las epidemias, circuitos a veces desviados y “recuperados” por los blancos -así como el

tráfico de la sal y del curare- y en varias formas más profundamente afectados por la presencia colonial. Finalmente, hay que reconocer el importante papel desempeñado por ciertos grupos -los Cocamas, los Xeberos, los Andoas, y durante algún tiempo los Caes- cuyas estrategias de supervivencia implicaron una estrecha colaboración con los colonizadores y cuyos miembros proporcionaron lo esencial de las tropas de las que se sirvieron los colonos y los jesuitas para acosar y capturar a sus esclavos y a sus neófitos. Resumiendo, la aceptación de la reducción -en todos los sentidos de la palabra- fue generalmente la última etapa de un proceso de desintegración fisiológica, sociológica y psicológica, al final del cual, los indios tuvieron que afrontar o la inmediata destrucción de su estructura social y familiar y, por lo tanto, una muerte rápida a manos de los encomenderos, o en el mejor de los casos, la preservación de su familia y de sus pertenencias a cambio de la renuncia a su visión del mundo, cosa que significó una muerte lenta a manos de los jesuitas.

Naturalmente la cuestión demográfica pesa de manera decisiva en la evolución del mundo indio durante los primeros siglos de colonización. Desgraciadamente, los datos de los que disponemos sobre este tema son inciertos y tienen muchas lagunas. Se calcula que en 1550 había alrededor de 200.000 personas en la región, que posteriormente formó parte de la misión de Maynas en la época de su apogeo; en 1730, quedaban entre 15.000 y 30.000, es decir una caída global del orden de un 80% a un 90%. En lo que se refiere a los grupos más aislados, los que quedaron al margen de las reducciones y de las encomiendas y entre los cuales muchos desaparecieron antes de 1700 (como los Mayna, los Gae y los Roamaina), la disminución fue alrededor de un 50% a un 60%.⁹

Estas cifras catastróficas han sido corroboradas por estimaciones hechas a la época por los propios jesuitas -los misioneros contaban diez sobrevivientes por cada cien indios capturados y reducidos- y por datos recogidos en otros sitios de las tierras bajas.¹⁰ Esta caída demográfica se explica sumando a la devastadora mortalidad epidémica que los golpeó más o menos cada veinte años entre 1550 y 1770, la mortalidad endémica muy elevada en las reducciones y en las encomiendas, y el fuerte descenso de la natalidad. Respecto a esto último, los jesuitas señalaban que se necesitaba de ocho a diez años antes de que se comenzara a registrar nacimientos en una población recién reducida. (Magnin, 1940).

A continuación trataremos de evaluar los efectos principales de las agresiones biológicas que hemos descrito sobre la territorialidad y la vivienda de los grupos de la Alta Amazonía. En primer lugar, hay que notar, la rápida deserción de las zonas ribereñas y un generalizado repliegue hacia las regiones interfluviales de acceso más difícil. Naturalmente este movimiento tuvo consecuencias muy diferentes según las

9 Para una rápida síntesis de la evolución demográfica de las poblaciones indígenas de la Alta Amazonía entre el siglo XVI y el siglo XX, ver Taylor 1988.

10 Ver por ejemplo Sweet 1968 y 1974. Kelly 1984, Deneván 1976.

formas de asentamiento humano o según la masa demográfica de los grupos en cuestión. En lo que se refiere a su dinamismo, en un primer momento tuvo lugar una fase de competencia más o menos aguda, por el acceso a recursos y a tierras interfluviales, luego se dio una cierta expansión espacial de las poblaciones, con el doble fin de adaptarse a las especies animales y vegetales locales y de responder a las nuevas amenazas de epidemias. En su conjunto, este proceso puede compararse a un movimiento de billar; los grupos demográficamente más "fuertes" tienden a ocupar las zonas interfluviales más favorables, mientras que los grupos más débiles y más dispersos, sobre todo los que estaban asociados desde siempre a la zona interfluvial, se repliegan a su vez hacia zonas mucho más accidentadas.

A más del abandono de las regiones fluviales, se constata en casi todos los grupos de la región la adopción de un modelo disperso de hábitat. Claro está que dicho modelo había existido en esta parte de la Amazonía mucho antes de la conquista española, paralelamente al modelo de viviendas de tipo aldea o de grandes malocas multifamiliares. Lo que sucede es que estas últimas desaparecen en el transcurso del siglo XVII, en beneficio de un asentamiento de unidades domésticas aisladas a la usanza jíbara. La atomización residencial y social, acarrea también una creciente atomización de las unidades en el plano de su reproducción material y simbólica y, un acrecentamiento de la movilidad de los grupos locales, debido a nuevas limitaciones pedológicas, cinegéticas y epidémicas, a las cuales tienen que adaptarse.

Si examinamos ahora las formaciones o arreglos sociales como tales, más que los patrones de población en los que se basan, se nota la transformación radical y a veces la desaparición de ciertas formas sociológicas, particularmente vulnerables a estas nuevas presiones de atomización. Ejemplos de este último caso serían las sociedades campesinas sedentarias, económica y políticamente estratificadas, que existían a orillas del Napo a principios del siglo XVI, y los conjuntos pluri-tribales altamente integrados a nivel económico, público y ritual, como es hoy el Vaupes colombiano y en particular el conjunto de los Tukano orientales.

Pero este período no se define exclusivamente por la desaparición de formas sociológicas o de poblaciones enteras. También se caracteriza por el desarrollo de comportamientos colectivos, en respuesta a las nuevas amenazas del entorno, como por ejemplo, la adopción por todas las sociedades de una especie de *timón de crisis*, caracterizado por la supresión de intercambios, la dispersión y fuga hacia las zonas refugio y una máxima atomización social. Estos comportamientos de crisis inaugurados durante el siglo XVII, fueron reactivados en toda su amplitud en el momento del boom cauchero, y se los encuentra todavía hoy entre los Achuar, en caso de epidemia real o ante la sospecha de su presencia.

El hecho mayor de esos años sombríos es el surgimiento de nuevas formas sociales, resultantes de la confrontación entre indios e instituciones coloniales. Podemos decir de manera muy esquemática que los indios frente a la colonización adoptaron una de las tres soluciones siguientes. La primera fue el aislamiento absoluto y la defensa de su independencia a cualquier costo, lo que significó un empobreci-

miento cultural y una “arcaización” asumida deliberadamente. Los Waorani, descendientes de los Abijiras -opulenta sociedad antaño ribereña, campesina y sedentaria- ofrecen un notable ejemplo de esta opción. Poquísimos grupos -los Jíbaros en particular- lograron preservar su autonomía sin tener que sufrir los inconvenientes de un “falso arcaísmo”. La excepcional supervivencia de la etnia Jíbaro, sin embargo, se explica por un conjunto muy particular de circunstancias. Por un lado, un acceso alterno a los bienes manufacturados por las redes que unían los grupos del alto piedemonte con ciertas poblaciones andinas muy aisladas, especialmente con las del alto valle del Paute (los Tadayes); y por otro, la coincidencia de resultar “preadaptados” a la nueva situación, puesto que su organización socio-territorial tradicional, tenía ya todos los rasgos requeridos para resistir a la agresión colonial como la dispersión, la atomización y la autonomía económica y simbólica o ritual.

La segunda solución fue la disolución étnica por fuga y transculturación individual, caso de la mayoría de los grupos deportados en esclavitud, como los Mayna, o los reducidos por los jesuitas. Estos fugitivos buscaron a veces refugio dentro de grupos todavía independientes, a veces se reagruparon en las zonas vacías, en pequeñas células inestables; este proceso ocasionó, a la larga, la cristalización de conglomerados sociales sin identidad bien definida, en particular en la región situada entre el Tigre y el Napo. No se trata de sociedades tribales neocoloniales propiamente dichas ni de una población indígena “genérica” o de caboclos de tipo brasileño, en vista de que no existe la presencia blanca, elemento esencial para la constitución de esas formas sociales, que vendría a homogeneizar del exterior a estos indios destribalizados. Estos últimos, por lo tanto, no fueron organizados, económica, política o socialmente, por una relación común de explotación en beneficio de los colonizadores, como lo serían posteriormente, en el contexto del boom cauchero.

Nos encontramos, pues, ante la presencia de formaciones caracterizadas por una especie de “congelación” de las identidades tribales específicas en provecho de una identidad global, difusa e inestable, basada en la inclusión de grupos diversos dentro de redes sociológicas sueltas -en cuyo seno un sistema shamanista común desempeñó, sin duda, un papel central- y en la formación de una cultura sincrética india vehiculizada por los quichuas de misión. Al interior de esta lengua general, se mantuvo los idiomas vernáculos por el constante aporte de nuevos refugiados; y este fenómeno de multilingüismo -que se observa aún hoy en el valle del Tigre- constituye quizás la clave de la conservación de identidades sumergidas. En definitiva la conservación de una identidad india específica, aunque oculta, distingue a este tipo de formación de las poblaciones de caboclos o de los indios definitivamente deculturizados, sin esperanza de retorno, que se encuentran en la Amazonía brasileña.

La tercera solución nos lleva a discutir las configuraciones sociológicas más originales e importantes que aparecen en esta época: nos referimos a las tribus neocoloniales forjadas en las reducciones o alrededor de los asentamientos españoles. Estas tribus presentan ciertas afinidades con los conjuntos de los que acabamos de hablar -pluri-tribalismo, cultura sincrética, uso del quichua-, empero, una conjunción

de factores les confirió desde su origen, una estructura social mucho más cristalizada, una cohesión y una homogeneidad de las que carecen los conglomerados de la región Tigre-Napo, en fin, una identidad específica que se percibe claramente tanto desde el interior como del exterior.

En la historia de la Alta Amazonía, estas sociedades dotadas de un sorprendente dinamismo desempeñaron, desde el siglo XVIII, un papel decisivo en los procesos de implantación y penetración colonial, al mismo tiempo que en los mecanismos de etnogénesis y de resistencia indígena, provocados por la presencia de los blancos. En la región que nos interesa, existieron por lo menos cuatro sociedades de este tipo: los Lamista, los Canelos, los "Andoa" y los "Xeberos". Hubo también otros grupos que exhibieron ciertos rasgos propios de las tribus de origen colonial, empero, sin tener todas sus características. Por ejemplo, los Quijos, parecen haber conservado durante mucho tiempo dimensiones importantes de su estructura tradicional, a la par que funcionaron en muchos aspectos como los Canelos, quienes si fueron producto del proceso colonial.

Cualquiera que haya sido la diversidad de los contextos en los que vieron la luz estas formaciones sociales -zonas de refugio bajo la lejana tutela de los dominicos, reducciones jesuitas o aldeas coloniales- presentan un conjunto de caracteres comunes que justifican su inclusión dentro de una categoría única. Todas se fundan en un reagrupamiento de sociedades culturalmente heteróclitas, pues al interior de estos ensamblajes, las individualidades tribales están ora veladas, ora completamente sumergidas, ora ritualmente identificadas, pero en todos los casos subordinadas a una identidad colectiva forjada desde el exterior. Estas mismas identidades "globales" a su vez están divididas por un clivaje fundamental, que en gran medida cancela las afiliaciones tribales originales. Se trata del clivaje entre la "cara blanca" y la "cara india" de lo social. Pues todas estas sociedades están construidas sobre una dualidad estructural que contrapone, por un lado, los comportamientos y las instituciones emparentadas con los colonos y con los misioneros (e impuesta por ellos), la "esfera abierta" en la que se mueven los "mansos" cristianizados, los Alli Runa, los sitios -ciudades, misiones, reducciones- donde se inscribe la articulación entre indios y extranjeros y, por el otro, los aspectos invisibles de su cultura, la "esfera cerrada", el mundo de los Sacha Runa, amos de un entorno natural y simbólico impermeable a los blancos, al cual se articulan -en el espacio forestal de los purina- las sociedades "auca" que les rodean.¹¹

Esto explica, sin duda, el papel de intermediarios que desempeñaron las tribus neo-coloniales, entre las poblaciones selváticas todavía autónomas y la sociedad colonial dominante. A las primeras les proporcionaron: bienes manufacturados

11 Dos de esas sociedades "bifaciales" han sido objeto de excelentes trabajos etnográficos: los Canelos (Whitten, 1976 y 1986) y los Lamistas (Scazzocho, 1979). Sobre los Quijos y los Indios contemporáneos del Napo, ver por supuesto a Oberem 1972, Mc Donald 1979 y Muratorio 1987.

a los que tuvieron acceso privilegiado, modelos de comportamiento frente a los blancos (y de manipulación de estos últimos), y una fuente formidable de poder shamánico, alimentada justamente por su cercanía al mundo occidental. A la segunda, esto es a la sociedad colonial dominante, las tribus neocoloniales brindaron dócilmente su mano de obra y los frutos de su trabajo, así como facilitaron el difícil contacto con los "auca"; y por último, estas mismas tribus facilitaron de manera muy especial en el siglo XIX, un mecanismo de expansión territorial y económica, por intermedio del ciclo purina-caserío-pueblomestizo-purina. Gracias a la dinámica de este ciclo, los campamentos forestales o purina, establecidos por familias indias lejos de su pueblo de origen, se transformaban en caseríos en función de alianzas, presiones demográficas y reagrupamientos residenciales que acompañaban la creación de nuevos lazos de parentesco. Estos caseríos se consolidaban con el tiempo alrededor de un líder shamánico. En este punto los mestizos y su comercio entraban en el proceso, convirtiendo a los caseríos en pueblos nuevos y empujando poco a poco a los indios hacia afuera, obligándoles así a buscar refugio en la selva. De esta manera se conformaba una nueva generación de purinas, la que daba comienzo a un nuevo ciclo. Este tipo de mecanismos (correlativos de un dinamismo demográfico excepcional, frente a sociedades indias "tradicionales" del piedemonte), se encuentran en el origen de casi todos los establecimientos en el Oriente ecuatoriano, a partir de principios del siglo XIX.

II. EL PROCESO HISTORICO DEL ORIENTE ECUATORIANO DE 1770 A 1940

El ocaso de la Amazonía colonial, la ofensiva peruana y el tardío despertar del piedemonte ecuatoriano

*"Los portugueses han logrado sus intentos
los apóstatas han quedado sin castigo
los gentiles sin freno
y los padres sin ayuda"*¹²

Basta con evocar este cuarteto popular, que data de 1730, para desmentir una cierta leyenda según la cual la expulsión de los jesuitas, en 1767, fue responsable de la ruina de una floreciente misión y, de manera general, del derrumbamiento de una implantación colonial estable y próspera. En realidad, la misión de Maynas estaba en decadencia desde el comienzo del siglo XVIII, y desde 1750, si no antes. La jerarquía civil y eclesiástica de Quito no le proporcionó más que un apoyo nominal. Además, la zona del Alto Marañón y del Pastaza, que es el espacio que nos concierne aquí, fue

12 Ver Zárate, et al., "Relación de la misión...", Historiadores y Cronistas de las Misiones, B.E.M., 1960, citado en Porras, op. cit: 35.

marginada por los misioneros a partir de 1730 en provecho de nuevas reducciones situadas mucho más al este, fundadas por religiosos extranjeros (sobre todo alemanes) que se encontraban en situación no muy clara frente a sus superiores americanos o metropolitanos. Por lo demás, la decadencia de la misión hizo eco en las implantaciones coloniales “civiles”, pues contrariamente a las colonias de la Baja Amazonía, que se desarrollaban considerablemente, alentadas por un próspero comercio del cacao, los asentamientos del Alto Amazonas se hundieron lamentablemente durante todo el siglo XVIII. El golpe de gracia vino con la Sanción Pragmática, con lo cual terminaron por volverse insignificantes en términos políticos, militares y económicos¹³. Así en el inventario de los bienes importados a Cuenca o que transitaron por esta ciudad entre 1787 y 1837 no se encuentra ninguna huella de intercambios con la selva (cf. Palomeque 1978). En cuanto a la cascarilla, una de las principales fuentes de riqueza de Loja y de Cuenca a fines del siglo XVIII, fue desconocida en las aldeas del piedemonte, puesto que era recogida muy alto en la ceja de montaña por peones de la sierra y llevada directamente a la zona interandina.¹⁴

Entre 1767 y el fin de las guerras de la Independencia el destino de la Alta Amazonía estuvo marcado por la impotencia que demostraron los poderes eclesiásticos y políticos para imponer su tutela sobre esos espacios forestales (Deler, 1981:50). A excepción de algunos visionarios, los criollos se desinteresaron de zonas que juzgaron poco provechosas. El clero secular o regular (sobre todo los franciscanos), encargado de recuperar las misiones jesuitas, terminó por arruinar lo que quedó de las reducciones de la Compañía, debido a su inexperiencia. Finalmente, la Audiencia de Quito se mostró impotente para frenar el avance portugués en la Amazonía.¹⁵

Es cierto que este período de vacío administrativo coincidió con -la paradoja es aparente- una era de exploración renovada de la llanura amazónica, fruto generalmente de proyectos utópicos, desarrollados a medida que se cristalizaban las rivalidades proto-nacionales entre Quito y Lima.¹⁶ Estas expediciones, sin embargo, quedaron

- 13 La población de Borja, de 307 personas en 1727, pasa a 152 en 1776 y a 88 en 1808 (Schuller 1911, Cornejo-Osma IV, anexos 86 y 95): la decadencia de la aldea es tal que en 1765 los pocos mestizos que la pueblan se ven reducidos a desplazarse en grupo hacia Pucabarranca, siguiendo a los Indios que huyen de una epidemia (Eseobar y Mendoza, 1769). Santiago de las Montañas, en 1767, agrupaba tres Indios tributarios y once familias de mestizos en “siete barraquitas de caña y palma. “(Autos... del Gobierno de Bracamoros”, M. de Peralta, en Costales 3:21). Macas, en 1784, no cuenta sino con 54 residentes, españoles, mestizos e indios sin incluir los anejos del alto valle del Upano (Gortare, en Costales, 3:33).
- 14 Sobre la industria de la cascarilla en el Oriente ecuatorial austral, ver Pentjean y Saint-Geours 1983 y Ochoa Neira 1984.
- 15 Como lo dice González Suárez, entre 1779 y 1795, el gobernador de Maynas estuvo encargado de contener a los Paraenses y negociar un tratado de límites “sin soldados, sin auxiliares, sin colaboradores y aun sin viveres” (citado in Deler, 1981: 51; ver también Sweet 1974, T.2 *passim* y la tesis de Porras, *op. cit.*, *passim*).
- 16 Entre los más importantes de esos viajes de reconocimiento, citemos los de P. Cevallos en 1775-76 que partió de Ambato con la idea de hacer de esta ciudad un centro de la industria de la canela, del

incompletas y no originaron una formación duradera de colonización o explotación en la frontera amazónica de la ex-audiencia de Quito. En lo que se refiere al frente peruano, este sí conoció la expansión en el siglo XIX: lenta y muy localizada al principio, violenta a partir de 1860.

El inicio del siglo XIX está efectivamente marcado por una mejora decisiva a nivel de los ejes de comunicación, cosa que permite el desarrollo de la alta Amazonía. Se trata de un deslizamiento hacia el sur que comienza concretándose en una serie de decisiones formales de tipo administrativo. Así pues, un decreto de 1802 crea un vicariato exclusivamente amazónico que incorpora el arzobispado de Lima, con los de Maynas, Quijos y Macas.¹⁷ El desplazamiento hacia el sur se acentúa a partir de 1820 cuando comienza el despegue de Moyobamba, en palabras de Deler "el centro de colonización más denso, el mejor enraizado de toda la vertiente oriental de los Andes" (P. Denis, 1927, citado por Deler, 1981: 94). Aunque el desarrollo de Moyobamba no tuvo un equivalente en la región de Maynas, el mejoramiento de las rutas y la intensificación local de intercambios entre la sierra y la selva abrió la vía a la expansión económica de todo el valle del Marañón a partir de los años 1850. De hecho, como lo señala Deler (1981:94), el Perú fue el primero de los Estados en realizar "esfuerzos sistemáticos con el objeto de integrar mejor las tierras orientales al espacio nacional".¹⁸

La expansión progresiva del frente amazónico peruano y su carácter relativamente planificado contrastan enormemente con el estado de abandono y el inmovilismo del piedemonte ecuatoriano hasta las últimas décadas del siglo XIX. Según el censo de 1808, el Oriente extremo-austral (o sea Jaen y el alto valle del Chinchipe, del que solo subsiste Valladolid) agrupaba un total de 530 personas, exclusivamente indios; Zamora ni siquiera se menciona.¹⁹ La mayoría de los censos posteriores omiten el dar una cifra de la población de los valles del sur-Oriente, por ser ínfima;²⁰ de hecho, hasta 1850, Zamora y Gualaquiza (un pueblo de misión fundado en 1815 por el franciscano Prieto) no contaban sino con unos cincuenta colonos inestables. En cuanto a los demás pueblos, Villavicencio ni siquiera los menciona en su descripción del Oriente lojano.²¹ Por último, la población efectiva de Macas desciende a 35 personas en 1812, y la aldea no sobrevive sino en la medida en que sirve de lugar de destierro.

obispo de Cuenca Marfil y Carrión en 1787-88 (en el momento de la efímera anexión de Maynas al obispado de Cuenca); de J. Diguja en 1777; de Requena en 1780 (tanto uno como el otro en su calidad de miembros de la comisión de límites), y finalmente de la expedición del franciscano Prieto a Gualaquiza y Bomboiza en 1815.

17 Para una síntesis del problema de las sucesivas divisiones del territorio amazónico ecuatorial, ver Deler, 1981: 90-95 y para la época de las reformas borbónicas, Washburn, 1984.

18 Para interesantes descripciones de la llanura amazónica peruana ver Skinner, 1805 y sobre todo Lister Maw, 1829.

19 Minchom, 1983: 184.

20 Minchom, *ibid* y Saint-Gours, 1983: 226-228.

21 Entre los pueblos del Oriente lojano, Villavicencio no cita sino a Zumba (Palanda) y sus ancjos, sin siquiera dar la cifra de su población (*op. cit.*, 447).

En lo que se refiere al vasto sector comprendido entre la ribera norte del Upano y el Curacay, no se encuentra hasta 1860 sino a dos o tres familias de mestizos, concentradas en Canelos. La presencia de los colonos es más perceptible en la provincia de Quijos, no tanto por su número -en 1768 se cuentan solo 31 españoles en Tena, Archidona y Puerto Napo (Basabe y Urquieta, 1768, citado en Oberem, 1971:89) y Villavicencio, en 1850, no nombra sino a una decena de familias de "blancos" en el conjunto de la provincia (1985:344-404)- cuanto por la naturaleza de su asentamiento. En efecto, contrariamente a toda la zona del sur del Pastaza (con excepción del valle del Chinchipe), Quijos desde hacía mucho tiempo ya no era considerada como una frontera de guerra pues los indios que allí se encontraban habían sido "reducidos" y "pacificados" por algunas decenas de años. Su explotación en ese lugar era por lo tanto mucho más intensa, y sobre todo más eficaz, y el encuadramiento misionero mucho más fuerte. Resumiendo, la frontera amazónica del Ecuador se distingue, hasta la segunda mitad del siglo XIX, por un claro retroceso demográfico de la población blanca (entre 1768 y 1850, las aldeas amazónicas pierden las dos terceras partes de su población no-india en promedio) y por la debilidad de sus intercambios económicos, sea entre colonos e indios, sea entre la sierra y la selva. Por cierto, las bases de una infiltración colonizadora comienzan a sentarse en el sur. Sin embargo, este movimiento es aún extremadamente limitado y hasta 1870, la población mestiza permanente no es superior a 200 o 300 personas en toda la región del piedemonte ecuatorial.

A medida que los blancos abandonan la región y que se siente menos el peso de su presencia, los indios gozan de un cierto incremento demográfico. Los datos cuantificados sobre la materia son casi inexistentes, pero sabemos por ejemplo que los "Quijos" (es decir el conjunto de indios quichua-hablantes de la provincia del mismo nombre)²² pasan de 2000 en 1780 a 5500 en 1850 (Oberem, 1971: 41). En cuanto a los Canelos, un grupo minúsculo a fines del siglo XVIII, compuesto en parte por Achuar transculturizados, asciende a varias centenas en 1850 y ya han emigrado río abajo del Bobonaza, a Sarayacu y a Pacayacu, donde sus caseríos servirían posteriormente de base de la implantación mestiza (Villavicencio, 1985: 410-416).

Más allá de las cifras, uno de los signos más elocuentes del retroceso colonial es el retomo parcial de los indios hacia las orillas de los grandes ríos, abandonados desde el siglo XVI, y la aparición de nuevos lugares de hábitat en las zonas ribereñas. Los textos administrativos peruanos y las narraciones de viajeros de la época (por ejemplo Castrucci, en 1844) hacen frecuentes referencias a la "amenazadora" presencia de los indios en las márgenes del bajo Pastaza y del Marañón, río arriba del Barrancas. En 1850 y luego en 1856 se ordena al sub-prefecto de Maynas socorrer Borja y Santiago, sitiadas por los "salvajes", quienes para colmo ocupan ahora las zonas auríferas del Marañón (Larrabure y Correa, 1905:I, 248-249). En 1854, por otro

22 En realidad, nos permitimos tener algunas dudas sobre la homogeneidad y aún sobre la existencia de una etnia específica llamada "Quijos". Este término agrupaba probablemente a varios grupos culturalmente diferentes.

lado, el puñado de colonos que subsiste todavía en Borja fue masacrado por los Huambisa, como consecuencia de un falso rumor propagado desgraciadamente por los mestizos, con la esperanza de ahuyentar a los indios. En realidad, el aumento de hostilidad india del que testimonian los textos en cuestión, corresponde a reacciones de pánico agresivo de parte de los colonos, estado de ánimo que se relaciona con la conciencia de su debilidad, con la desaparición de los misioneros encargados de controlar y encuadrar a los indios y, finalmente, con el enfrentamiento con los “aucas”, un conflicto nuevo que los blancos no sabían manejar, puesto que estos indios hasta hace poco habían vivido aislados en zonas-refugio inaccesibles para los colonos. Por esta razón, estos encuentros sangrientos eran casi siempre el fruto de un malentendido. Los indios venían hacia los blancos en pos de obtener, por intercambio, herramientas y bienes que el repliegue colonial volvía cada vez más escasos; mientras que los blancos, frente a la inesperada presencia de comitivas indígenas, creían que había llegado su última hora.²³ Estos incidentes -que se repitieron durante varias decenas a lo largo del piedemonte- son sintomáticos de un claro retroceso de la red de colonización; si los Indios, incluso los “Aucas”, buscan por todos lados reanudar el contacto con los blancos, es porque indudablemente ya no logran procurarse los bienes manufacturados que con el tiempo se les habían vuelto indispensables.²⁴ Esto nos lleva a subrayar un punto importante, ignorado tanto por los colonos de la época como por la historiografía corriente, en 1800-1850, de la misma manera que en 1590, los indios no intentaron eliminar la implantación colonial, y es hasta dudoso que siquiera hayan pensado en la posibilidad de hacerlo. Es, sin embargo, evidente que si se consideran las condiciones demográficas, políticas y militares de mediados del siglo XIX como las del siglo XVI, los indios hubieran tenido, en estas coyunturas, los medios para liberarse. En definitiva, lo que está en juego en las confrontaciones entre indios y blancos se reduce a un problema de equilibrio. Los indios deseaban una presencia blanca pequeña y controlable, que les asegure un acceso permanente a los bienes materiales e inmateriales, de los que ya no podían prescindir. La aspiración de los colonos mientras tanto, era tener todo a pesar de que solo tenían medios muy limitados para asegurar su poderío sobre las poblados, las tierras y las riquezas indias.

23 Un episodio divertido ilustra bien este encadenamiento de quid pro quo. En 1849 un grupo aguaruna, encargado de copal y de alimentos, llega a Barrancas; los habitantes aterrorizados huyen todos hacia el bosque, dejando al alcalde el encargo de parlamentar con los visitantes. Estos le hacen comprender que vienen con la esperanza de poder hacer algún trueque, pues desde el ataque a Borja, algunos años antes, ni los comerciantes itinerantes ni los intermediarios quichua-hablantes van más al Marañón lo que les priva de curare y herramientas de fierro. El mestizo temblando les cede todo lo que tiene en su almacén, hasta el pantalón con el que está vestido y los Aguaruna, encantados del negocio, se van pacíficamente prometiendo regresar muy pronto... (en Larrabure y Correa, VI).

24 Entre 1780 y 1820, varias “delegaciones” de Indios selváticos son acogidas con gran pompa en Loja y en Cuenca (AHBC, Fondo Jijón, I, vol. 1, doc. 7:48-53; *ibid.*, vol. 2, doc. 9: 236-303; ANH/Q, Tomo 232, f 57; Costales, I: 70-79). Entre otros autores, E.B. Ross (op. cit., 127) sostiene que los ataques indios que marcan el período 1780-1850 son el testimonio de la voluntad de los indígenas de expulsar a los colonos y terminar con su ingerencia; pero los documentos citados más arriba, así como los hechos evocados en el texto, me parecen contradecir esa hipótesis.

La tregua de la que gozaban los indios desde las últimas décadas del siglo XVIII, sin embargo, va a interrumpirse hacia mediados del siglo XIX. El despunte económico del piedemonte peruano, al principio centrado solamente en la región de Moyobamba, comienza a extenderse por toda la región del alto Marañón, al mismo tiempo que se consolida la implantación militar, administrativa y política peruana. La apertura de los grandes ríos a la navegación (entre 1850 y 1860) y el rapidísimo desarrollo de Nauta y de Iquitos -paradójicamente, es un puñado de refugiados de Borja el que forma el núcleo inicial de la población de esta ciudad (E. Ross, 1983:130)- son por supuesto el testimonio de esta dinámica y contribuyen a su desarrollo: la población de Iquitos pasa de 277 personas en 1850 a 15.000 en 1876. en los albores del boom cauchero (Herndon H Gibbon, 1853:220; Ross, 1980:130). Por otro lado, las expediciones civiles y militares del Perú son cada vez más frecuentes y más extensas. En 1867 el Morona es explorado en una corbeta hasta su confluencia con el Cangaimo (Larrabure y Correa, 1905: 2, 57-87); una nueva expedición parte en 1874 (ibid. 3; 120 -a14); además en repetidas ocasiones Raimondi recorre toda la provincia de Loreto (Raimondi 1859 y 1862; Larraburre & Correa, 7: 35 -115 y 119 -2780). En fin, los informes y los censos cada vez más precisos se multiplican.

La agitación económica que comienza a propagarse en esos años en todo el conjunto del piedemonte se manifiesta en primer lugar por una intensificación en la explotación de los recursos naturales y un aumento correlativo del volumen de intercambio entre los indios y colonos. En función de los recursos de la demanda local y de las especializaciones productivas heredadas de la era jesuita, se desarrolla un comercio a pequeña escala de gomas y resinas (copa uva, balsamo de Perú), de tabaco (sobre todo en Borja, Macas y la parte baja de Chinchipe), de pita (en Quijos), de cacao y de vainilla (en Mainas).²⁵ Hacia mediados de siglo empieza nuevamente el lavado de oro, el cual ocasiona, entre otras cosas, una creciente infiltración de Indios "manosos" en las zona "Auca": Napos y Canelos en el curso medio del Bobonaza, Indios de Barrancas y de Chayavitas en el alto Marañón, en territorio Aguaruna. Por otro lado, una serie de mini-booms da ritmo al período que se extiende de 1850 a 1870. Se intensifica la extracción de zarzaparrilla -más de 10 000 Kgs en Iquitos antes de 1880- (Ross, 1980: 132) y la tagua (marfil vegetal) es activamente buscada, especialmente en la región de Jaen. La extracción de la chinchona en el piedemonte ecuatorial, casi abandonada desde las últimas décadas del siglo XVIII, vuelve a empezar en escala limitada en el Oriente cuencano, alrededor de Gualaquiza, a partir de 1845. Según Villavicencio, se habrían recogido 10.000 quintales entre 1840 y 1850 (1980: 442). Este frente de la quinina se desplaza progresivamente hacia el Norte y da su último coletazo entre 1875 y 1890, en el alto valle del Upano (cf. infra, 15-16). Finalmente, mientras Borja y Santiago están al borde de la extinción, y casi todas las antiguas

25 Ver ANH/Q Oriente 3, 4-X-1798 ("Expediente"... Diego Calvo), AHBC, Fondo Jijón, I, vol. 30, doc. 92, 267 (Estado... de Mainas, 1798), ANH/9 Oriente 2, 3-5-1787-90; Requena 1785, ACQFE, misc. doc. 13-174, III, f. 20/44.

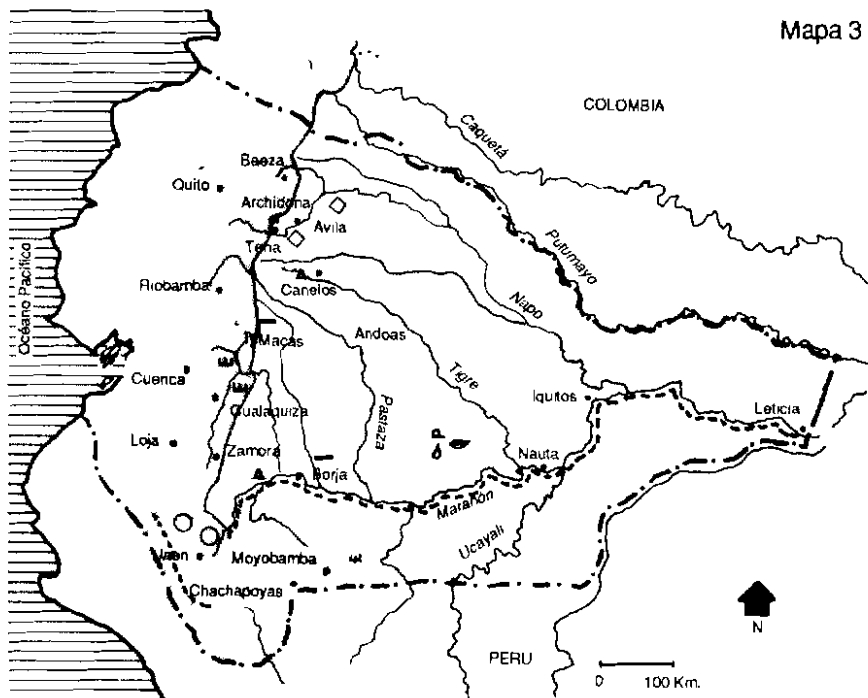
reducciones jesuitas han desaparecido, la ex-misión de Andoas escapa a la decadencia: su población permanece más o menos constante entre 1780 y 1870 con alrededor de 400 personas.²⁶ La estabilidad de este pueblo y su relativa prosperidad frente a otros asentamientos del piedemonte se explican por su rol económico y su función en los circuitos indígenas de intercambio. Es además un ejemplo de esos lugares estratégicos en la Amazonía, donde se mezclan redes indias de intercambios materiales y simbólicos (shamánicos en especial) y circuitos de control y comercialización blancos. Andoas es, en efecto, el principal centro de redistribución hacia el oeste, de sal y de curare provenientes del Huallaga y del Marañón, y desde mediados del siglo XIX atrae a un buen número de comerciantes peruanos y ecuatorianos (incluso indios de la sierra):²⁷ en 1880 es ya un importante depósito de productos naturales transportados por vapor hacia Iquitos y Nauta (Izaguirre, XVI; 12). Desde hace varios años es también un eje giratorio para el comercio de niños indios, sobre todo de los pequeños Záparo, muy codiciados para el servicio doméstico en las ciudades amazónicas peruanas (Larrabure y Correa, 1905: 1, 249).

En resumen, la explosión del boom cauchero es preparada y orientada desde el principio por las transformaciones que se operan en la región a partir de 1850. En comparación con el ciclo precedente -que para más comodidad se podría llamar la "era quiteña"- el hecho más notorio de esta primera mitad del siglo XIX es, sin lugar a dudas, el desplazamiento hacia el sur del Marañón de los ejes de penetración, de los polos de desarrollo y de las oleadas de urbanización. Los espacios que apuntalan la expansión peruana son: el valle del Marañón río abajo del Pastaza, el río Tigre, el curso inferior del Pastaza y el piedemonte de Jaén, que goza de un acceso fácil a la sierra y a Lambayeque. Por el contrario, en lo sucesivo, toda la zona entre Barrancas y el Pongo de Retema es dejada a los indios, especialmente Santiago, cerrada a la navegación por el obstáculo del Pongo de Manseriche. De esto resulta que los valles del Pastaza, del Tigre y en menor medida del Morona, van a ser abandonados nuevamente por los Indios a partir de 1860, mientras que sobre el Santiago y el Marañón, río arriba de Barrancas, los indios conservarán el dominio de las zonas ribereñas aún durante la época de mayor auge del boom cauchero y no abandonarán más esos parajes hasta la invasión de los colonos en los años 1950.













La era del caucho provocó grandes transformaciones en toda la Alta Amazonía, de inmediato en la zona de influencia peruana, luego, a largo plazo, sobre toda la zona ecuatoriana del piedemonte amazónico. El boom del latex empieza a despuntar hacia 1875, alcanza su apogeo en la década 1890-1900 y se viene abajo poco tiempo después, agotándose prácticamente en 1914. Este fenómeno efímero, verdadero cataclismo a escala amazónica, plantea complejos problemas históricos y es, hasta el

26 Cf. Shuller 1911. AHBC, Fondo Jijón, I, vol. 30, doc. 92; Rangel 1808 in Comejo-Osma, IV, anexo 95; Castrucci 1844; Larrabure y Correa, VI: 192-193; Raimondi 1862, en Larrabure y Correa, VI: 119.

27 Además de los documentos que acabamos de citar ver también Spruce, 1908.



EL ORIENTE ENTRE 1780 Y 1860

- | | | | |
|---|---|---|-----------------------------|
|  | Curva de los 2.000 m. |  | Cacao |
|  | Línea de división territorial de 1824 (Sur) |  | Resinas (copa uva, bálsamo) |
|  | Protocolo Pedemonte-Mosquera 1830 |  | Pita |
|  | Tabaco |  | Cinchona |
|  | Oro aluvial |  | Tagua |
|  | Vainilla |  | Zarsaparrilla |

momento, paradójicamente mal conocido. ¿Hay que ver en él una ruptura esencial en la historia económica y social de la región? o acaso ¿no constituye acaso una ampliación intensa, aunque breve, de las formas tradicionales de explotación de recursos y de hombres en pie, desde hace mucho tiempo en la Amazonía? La cuestión se complica aun más, ya que la industria cauchera tomó en realidad formas muy diversas: el modelo Fitzcaraldiano y el ejemplo de la Casa Arana, de siniestra memoria, no son típicos de la actividad cauchera en toda la Amazonía. En función de los sectores y de las épocas, los sistemas de producción cambian considerablemente.

Lo que sí es cierto, es que el ciclo del *hevea* precipitó a una horda extranjera a través de toda la alta Amazonía, cuyos habitantes indígenas hasta ese momento solo habían sido tocados y esto indirectamente por la expansión económica del Oriente peruano. A partir del 1887, los seringueiros penetraron en los afluentes del bajo Pastaza, en el Morona y en el bajo Huasaya; tres años más tarde, instalaron sobre el Pastaza, en la proximidad de Andoas, establecimientos que agruparon a varias centenas de personas. Por añadidura, más de mil comerciantes se diseminaron a lo largo del Tigre.²⁸ Por lo demás, las cifras relativas a la exportación del caucho de Iquitos son un testimonio de la amplitud del fenómeno; 2.000 kgs en 1862-63, 58.000 kgs. en 1870-71, 540.529 kgs. en 1884, 714.161 kgs. en 1885... (Ross, 1983: 131-132).

Las formas de explotación de la mano de obra indígena varían ante todo según la calidad del latex recogido; el *hevea brasiliensis*, el más codiciado, crece sobre todo en las zonas ribereñas del *hevea*, y es en esas regiones (sobre todo en el Putumayo) donde se implantaron las grandes compañías monopolísticas como la Casa Arana, capaces de armar importantes milicias esclavistas.²⁹ Por el contrario, las regiones interfluviales más accidentadas son ricas en diferentes especies de *balata* (*castilloa elástica*), menos cotizadas pero muy explotadas a pesar de ello. Estas zonas están ocupadas generalmente por pequeñas empresas que movilizan una fuerza de trabajo de solamente algunas decenas de trabajadores.³⁰ En las regiones de la balata, la enorme competencia entre los explotadores por la apropiación de árboles y peones, proporcio-

28 En 1891 en San Antonio (cerca de Andoas), había 200 blancos y 200 indios diseminados en los alrededores en la búsqueda de latex. El mismo Andoas... "se halla completamente destruido... es debido a los comerciantes de caucho, los cuales han comprometido a toda la gente salvo los remontados, para el trabajo de dicho artículo a orillas del Tigre" (Magalli, en Vargas 1979, 43-44). Se instalan igualmente campamentos en el Curaray, a partir de la desembocadura del Villano; "viense establecimientos notables de franceses, ingleses, italianos y peruanos; todos explotan caucho, con cosa de 40 záparos y mayor número de peones de diferentes países" (ibid). Ver también Ordinaire 1887.

29 Sobre la industria cauchera de esta zona, ver el informe de Casement (1912), publicado en parte nuevamente por las ediciones Abya-Yala en 1986, y el libro de Hardenburg, 1912 ("The Devil's Paradise"). Dos célebres y admirables novelas han sido escritas sobre la amazonía del caucho: *La Vorágine* (J. Rivera, 1942) y *La Selva* (Ferreiro de Castro, 1938). Para un enfoque general ver también los artículos de Toussig, 1987 de H. Bonilla, 1974 y el libro de B. Weinstein (1983).

30 En Woodroffe, 1914, encontramos una interesante descripción de este género de explotación cauchera en el valle del Tigre.

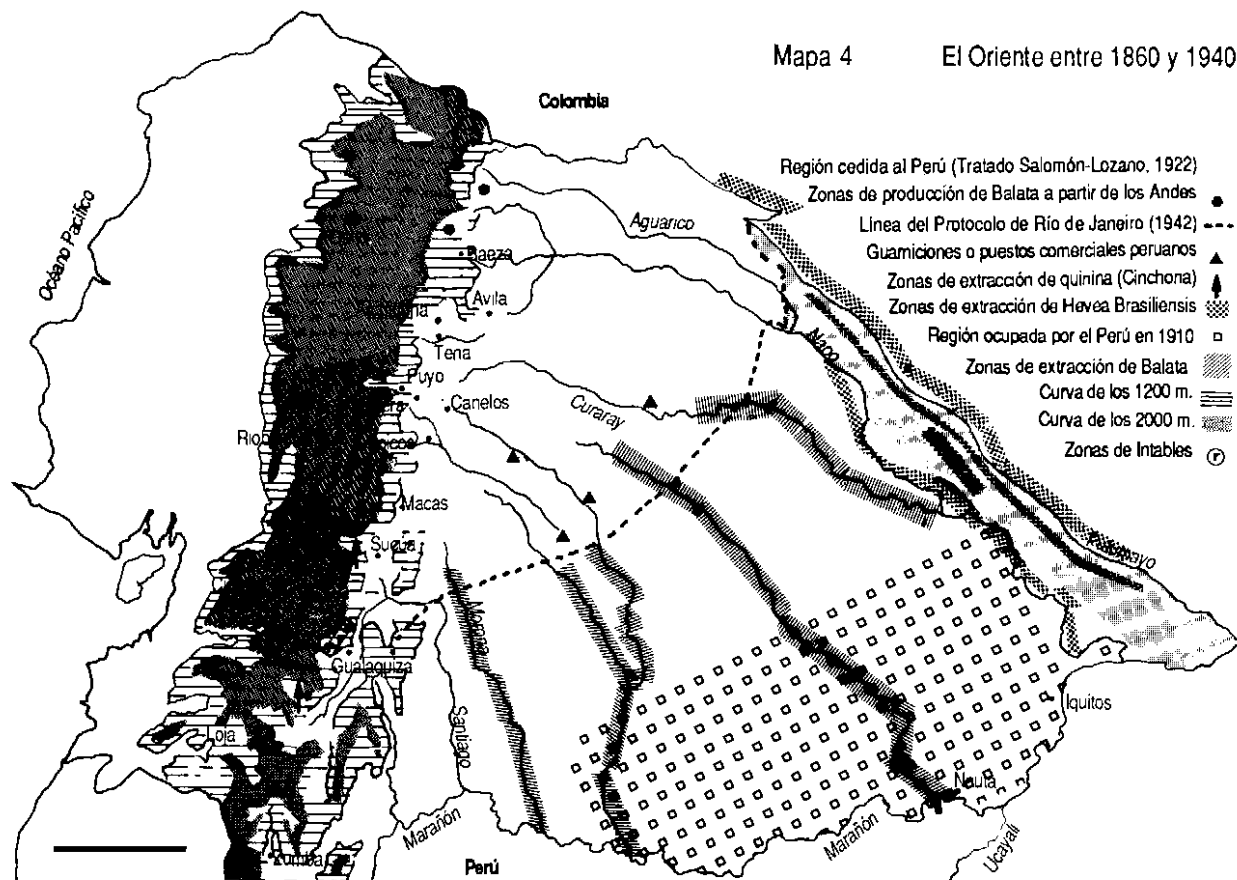
na a los indios un cierto margen de maniobra, inexistente en las zonas de *hevea* controladas por las bandas armadas de las grandes compañías.

Los sistemas de encuadramiento dependieron también de los estereotipos concenientes a los diferentes grupos de indios. Los Záparo marcados desde hace mucho tiempo con una reputación de docilidad, fueron las primeras víctimas de las correrías esclavistas organizadas para proporcionar trabajadores a los campos del Brasil, Perú y Bolivia.³¹ Los indios del Napo Medio y Bajo fueron igualmente diezmados por las incursiones esclavistas. Según Oberem, de alrededor de mil indios de Loreto y Avila que fueron deportados en esa época, regresaron solo 40 (Oberem, op. cit.: 97-98). Los grupos Jíbaro, situados en las zonas de balata y mejor protegidos por su reputación de ferocidad, tuvieron que ser tratados menos brutalmente; inclusive los grupos más afectados como los Murato-Candoshi y los Achuar del Huasaga, evitaron la deportación, y fueron obligados a trabajar en su misma tierra, bajo el control de pequeños patronos, en el marco de un sistema de enganche más que de un esclavismo directo. Otros grupos Jíbaro, que estaban al abrigo de una penetración directa, quedaron dueños de su fuerza de trabajo y proporcionaron la balata a su antojo, en intercambio con productos manufacturados, por mediación, no ya de los patronos, sino de intermediarios indios, provenientes de etnias vecinas (los Lamistas para los Aguaruna, por ejemplo) o de su propio grupo.

Esta rápida ojeada a las distintas modalidades de utilización de la población india, permite sacar a luz una de las curiosas paradojas que caracteriza al boom del caucho en la Alta Amazonía: las explotaciones más "avanzadas" desde el punto de vista de su organización comercial y financiera son las que utilizan las formas más "arcaicas" de extracción de la fuerza de trabajo -la esclavitud, simple y llanamente-, aunque en este caso con medios de encuadramiento muy superiores a aquellos de los que dispusieron los encomenderos de los siglos XVI y XVII. A la inversa, las pequeñas empresas, más artesanales y menos "modernas" a nivel de sus mecanismos de capitalización y comercialización, son las que introducen modalidades innovadoras de articulación en las poblaciones indias, en la forma de un tipo de patronazgo, cuyo modelo se generaliza en la Alta Amazonía durante las siguientes décadas. Esta superposición ambigua de modernismo y arcaísmo es además típica de la historia económica de la Amazonía hasta las proximidades del siglo XX. De manera general, entonces, la búsqueda de innovación en las formas de explotación de las sociedades autóctonas es inversamente proporcional a la eficacia de los métodos de control: cuanto más débil es el poderío de los colonos sobre los indios, más obligados están a hacer innovaciones en materia de explotación de dichos grupos. Por el contrario, en cuanto los colonos se sienten fuertes, se contentan con perpetuar o reactivar los modelos desarrollados en los siglos XVI o XVII.

31 De hecho, el caucho acabó de aniquilar a los últimos sobrevivientes de un vasto conjunto lingüístico, que en su apogeo en el siglo XVI fue numéricamente superior al bloque jíbaro. Hoy no quedan más de diez locutores zaparo en el Oriente ecuatoriano (Cf. Casevitz, Sainnes, Taylor, p. 289).

Mapa 4 El Oriente entre 1860 y 1940



El Curaray, el Pastaza y sobre todo el Tigre fueron siempre los centros de población flotante hasta el final del boom. Pero, de manera general, a partir de 1914 la mayor parte de esta población se retira. Después de 1918 el Pastaza deja de ser abastecido por los vapores de Iquitos, sus riberas son abandonadas y en 1928 no quedan más que 3 blancos y 90 indios en Andoas (Oriente Dominicano, n. 11; 1929). Sin embargo, el reflujo de los blancos y de los peones del caucho no significa un retorno al status anterior ni mucho menos. El boom del latex, provocó ante todo un gran cambio del mapa étnico de esta zona. Ciertos grupos, como los Záparo, fueron liquidados y sus territorios desalojados; otros, como los Huitoto y los Bora, vieron decaer su población en alrededor de un 80% y 90%, y por añadidura fueron dispersados de su hábitat hacia nuevos lugares situados a veces a centenares de kilómetros unos de otros. Otras regiones, sobre todo las de Tigre, del Napo y el bajo Curaray, recibieron por el contrario nuevas poblaciones, pues unos cuantos miles de peones llevados a la fuerza a estas zonas se sumaron a la población india destribalizada, característica de esta región desde el siglo XVIII, aportándole nuevos componentes étnicos y culturales.³²

El caucho deja como rezago un sinnúmero de pueblitos que giran alrededor de comerciantes que no se movieron del lugar. Estos logran obtener una modesta ganancia comprando a los Indios balata, carne, pescado ahumado para alimentar a Iquitos (cuya población pasa de 20 000 personas hacia 1920), pieles y madera. Estos núcleos de población en el Curaray, el Conampo, el Bobonaza y por supuesto el Tigre, sirven de factoría para la expansión de los "Napeanos" y de los Canelos, y correlativamente, para los mestizos que vivían a sus expensas como parásitos. El boom del caucho ocasiona entonces una súbita expansión del sistema simbiótico que une a comerciantes, indios quichuizados, "aucas" y, finalmente, misioneros y representantes civiles y militares de las sociedades dominantes, quienes se asientan nuevamente en esos lugares. Más importante que la penetración colonizadora, sin embargo, es la sobrevivencia de las redes de intercambio comercial colocadas alrededor de esos minúsculos pueblos. Estas redes son el producto de la implantación y actividad de "patrones" que ejercerán una marcada influencia sobre el mundo indio en toda la Alta Amazonía hasta los años 1960-70 (cf. infra p. 32 ss). El caucho contribuyó entonces al establecimiento de una nueva infraestructura, a través de la cual, en las décadas siguientes, se operaría la extracción de productos selváticos esencialmente pieles y madera, cuya demanda sustituiría a la del latex.

El avance peruano hacia el oriente ecuatoriano fue otra consecuencia de la era del caucho, cosa que inquieta seriamente al Ecuador. En 1900 había colonos peruanos instalados en Sarayacu, en el alto Bobonaza, sin hablar de las guarniciones militares establecidas en el Curaray, el alto Morona y el Pastaza.

A su vez, el desarrollo de la actividad comercial y el flujo de colonos que el

32 Cf. Colin Delevalud 1977, y sobre todo el Oriente dominicano, que permite seguir casi mes a mes la evolución del paisaje étnico del Tigre después del caucho.

caucho había drenado hacia el piedemonte, comienza a dinamizar la frontera en su vertiente ecuatoriana.

Los primeros indicios de esta evolución, empero, siguen inscribiéndose en el marco de actividades económicas características del siglo XVIII, lo que demuestra el arcaísmo persistente en el piedemonte ecuatoriano. El alto valle del Upano y el del río Cuyes fueron, entre 1880 y 1890, el teatro de un "mini-boom" de la cascarilla, que por otra parte no afectó en nada a las aldeas de Macas y Zamora, puesto que la colecta de la chinchona se hizo como siempre a partir -y en beneficio exclusivo- de la sierra (cf. Barrueco, 1959: 170-190; Vacas Galindo, 1928: 25-28, Aguilar Vásquez, 1974: 5, 152). En el mismo orden de ideas y por iniciativa de algunos hacendados andinos, surgen a lo largo del piedemonte, en los años 1910-1920, pequeños asentamientos de extracción de balata que con mano de obra de "pastuzos" colombianos comercializan su producto más en la sierra que en la Amazonía.³³ Entre los síntomas del despertar de una frontera, todavía muy fosilizada, podemos citar igualmente la efímera aparición, esencialmente en la zona de Gualaquiza, de una especie de "latifundismo selvático" (la expresión es de E. Salazar) en provecho de las grandes familias terratenientes de Cuenca. En este sistema, conocido con el nombre de "entable", -y que seguramente toma sus raíces en las formas de apropiación de la tierra características de la explotación local de la cascarilla- los hacendados se apoderan de zonas más o menos extensas de montaña oriental (en general 100 a 200 ha.), las que son confiadas a un mayordomo o "entablador" para que siembre en ellas caña de azúcar y construya una destilería de aguardiente. A estas fincas venían también a establecerse los "piqueiros" que vivían -miserablemente- de recoger paja toquilla, abundante en esos parajes. Aunque las inversiones eran evidentemente muy limitadas, esas plantaciones se mostraron tan poco rentables -debido a las dificultades de comunicación y también a las múltiples delegaciones que suponían su funcionamiento- que fueron abandonadas al cabo de dos o tres décadas (cf. Aguilar Vásquez, 1972: 3; 66-67 y sobre todo Salazar, 1986: 51-52).

En realidad, estos signos de un despeque del Oriente ecuatoriano no están vinculados, sino de manera muy indirecta, a la expansión peruana y al desarrollo de la Amazonía. Se deben más bien a transformaciones que tienen lugar en la misma época en la sierra. Por un lado, el marasmo económico y la super población (en relación con la estructura agraria) de las provincias del Azuay y del Cañar, obliga a campesinos y propietarios a diversificar su base de subsistencia o sus fuentes de ingresos. Por otro lado, las iniciativas empresariales de algunas grandes familias terratenientes, como los Jijón o los Cordero de Cuenca, les lleva a fundar sendas compañías productoras o exportadoras de quinina, como respuesta a la gran demanda de ese producto por parte de los ingleses.³⁴ (R. Muratorio, conversación personal;

33 Encontraremos en la colección de testimonios orales de los Indios de Pesillo una interesante caracterización de ese tipo de explotación (Yáñez del Pozo 1986; ver también Barrueco 1959).

34 Para alimentar a sus colonias, Inglaterra importó de América latina (sobre todo de Colombia del

Aguilar Vásquez, 1972: 5-152).

En síntesis, diversos factores contribuyen a suscitar este despunte, entre los cuales está la emergencia de una dinámica en la que el estado y las autoridades provinciales comienzan por primera vez a ser partes interesadas. Testimonio de ello son los proyectos de construcción ferroviaria oriental -tan grandiosos como poco realistas- que esgrime el gobierno ecuatoriano a partir de 1910³⁵ y, a escala regional, a partir de 1920, la creación de juntas orientales de colonización en casi todas las provincias andinas, las que no tuvieron ninguna consecuencia importante excepto en el Azuay y el Cañar.

El establecimiento de la frontera de colonización al norte del Pastaza fue lento y tímido al principio, y se hizo principalmente a partir del recodo del alto Pastaza. La reanudación de la actividad misionera fue el primer signo de este desarrollo; el Puyo se fundó en 1889, Mera (Schell) en 1907, Arapicos en 1929. Estas misiones dominicas, que al inicio fueron únicamente indígenas, sirvieron con el tiempo de sostén a una colonización activamente patrocinada por los misioneros. Las cifras relativas al crecimiento de la población en estos pueblos son muy elocuentes. En 1900 no hay sino 4 colonos en el Puyo, y no más de 8 familias en Mera en 1911; pero en 1928 hay ya 250 colonos en Mera, 35 en el Puyo, 10 en Canelos y una quincena en Arapicos. Cuatro años más tarde, el Puyo tiene 180 habitantes mestizos y en 1940 su población (incluyendo a dos nuevas colonias en el Pindo y en el Zaudali), ha pasado a 540 personas; además, 110 colonos ya se han implantado en Arajuno, al norte, en dirección al Napo.

Esta ola de inmigración se basa en el desarrollo de actividades económicas iniciadas por países extranjeros: primero, exploración petrolera (cf. Whitten, 1978: 230; Sinclair & Wasson, 1923), enseguida implantación de haciendas orientadas al cultivo de la caña de azúcar, y luego al del té, consumidoras de una mano de obra relativamente barata reclutada en la Sierra. La ruta Baños-Mera adquiere de este modo una importancia creciente, y en 1937 la Shell terminará de volverla (en principio) transitable. La guerra de 1941, que fija la frontera oficial en la desembocadura del Bobonaza y con este hecho pone término a las esperanzas comerciales vinculadas a Iquitos, la paralización en 1948 de la exploración petrolera en esta región y, finalmente, la desilusión gubernamental ("El Oriente es un mito" proclama Galo Plaza en 1948) son factores que frenan temporalmente el aflujo de colonos y la expansión de la frontera. La población ya inmigrada, empero, permanece en el lugar y especialmente queda la ruta, que desde 1947 se extiende hasta el Puyo. Desde 1960, momento en que

Ecuador y del Perú) más de cuatro millones de libras de corteza de quinquina en 1873 (Hamilton 1882, citado in Ross, op. cit. 128).

35 En 1911 el Ejecutivo firmó un contrato con una compañía franco-holandesa para la construcción de una vía férrea que uniría Puerto Bolívar y el valle del Zamora y para la colonización europea a cargo de la compañía. Lanzó igualmente licitaciones para la construcción de la vía Ambato-Curaray, proyecto que implicó también un vasto programa de colonización. Estos proyectos faraónicos ni siquiera pudieron ser iniciados (cfr. Jaramillo Alvarado, 1982 y Salazar, op. cit., 36-37).

la exploración petrolera vuelve a empezar en gran escala, la inmigración se reanuda con nuevos bríos.

Al sur del Pastaza, el desarrollo del frente de colonización es más espectacular, aunque algo tardío. Aquí también las misiones (salesianas en este caso) preparan la vía a la colonización y la fomentan muy activamente. En 1900 no hay sino ocho familias mestizas en Zamora, Gualaquiza está casi deshabitada y Macas cuenta con no más de 300 habitantes. Pero en 1917 los Salesianos instalan la primera familia de colonos en Méndez y diez años más tarde los colonos afluyen, seducidos por un boom aurífero que drena una enorme población flotante hacia el Oriente austral: en 1930 hay 200 mestizos en Zamora, 600 en Méndez y Gualaquiza, sin hablar de los 2.000 o 3.000 lavadores de oro itinerantes que se agrupan semanalmente en esos pueblos para negociar 3 o 4 libras de oro (solamente en el año 1926 Gualaquiza exportó 24 kgs de oro!).³⁶ La inmigración es tal que en 1938 se estima en 1.800 personas el conjunto de la población no india en las dos provincias al sur del Pastaza. Claro está, se trata de una población inestable, parte de la cual se replegará hacia la sierra o la costa. Sin embargo, 1930 marca el nacimiento de un verdadero frente de colonización en esta región, que se extenderá sin cesar en las décadas siguientes: según el Censo Nacional de 1950, el conjunto de la población oriental se eleva a 46.471 personas, la mayoría de la cual está instalada en el Morona-Santiago, y en 1950, las dos provincias australes totalizan, solo ellas, 30.787 colonos (Costales, 1961:270; Salazar, 1986: 33).

La magnitud de la inmigración en esta zona se explica por la vecindad de dos provincias andinas particularmente pobres y superpobladas, por la proximidad y facilidad de acceso a los valles del Oriente y, en fin, por una larga tradición de contactos sociales y económicos entre los serranos y los habitantes de la Amazonía, que es reactivada en el siglo XIX por los indios selváticos en busca de bienes manufacturados. Son lojanos los que pueblan Zamora durante el siglo XIX, azuayos los que se instalan en Gualaquiza y Méndez, y a todo lo largo del siglo XX, la mayor parte del contingente de inmigrantes orientales vendrá también de las provincias andinas australes.

Llegado a este punto, es conveniente hacer notar el carácter totalmente anárquico de la colonización y la debilidad de la intervención estatal en este proceso. Fuera de la promulgación en 1920 de una "Ley de Oriente" acompañada por la creación de una Dirección General de Oriente y algunas reformas administrativas³⁷ sin grandes efectos en la práctica, fuera también de algunos arrebatos de delirio ferroviario, el estado, por desinterés o por incapacidad, no se preocupa en absoluto de controlar

36 Cf. Reyes y Terán 1939; D. Marín 1936: 254. Elocuentes descripciones del paisaje social de esas aldeas atrapadas por la fiebre del oro, se encuentra en Jarrín 1938, Aguilar Vásquez 1972, 3 y en la novela de A. Cuesta y Cuesta, "Los Hijos" (Quito 1986). Ver también E. Salazar, op. cit. 54-55 para un excelente resumen.

37 Esta ley establece la primera subdivisión territorial del Oriente ecuatoriano en provincias. Estas siguieron muy de cerca la antigua división colonial. Posteriormente, la provincia de Napo-Pastaza fue reorganizada en dos entidades distintas.

el desarrollo del territorio amazónico. Inclusive la industria aurífera escapa a toda intromisión del gobierno, y es muy significativo que en Nambija, ciudad de 15.000 habitantes en 1984, en la que se negocia según E. Salazar entre 10 y 20 kgs de oro a diario, los servicios nacionales administrativos, técnicos y sanitarios hayan esperado hasta 1986 para hacer una tímida aparición (Salazar, 1986: 55). Así pues, hasta 1963, año en que se promulgó la notoria "Ley de Tierras Baldías", la colonización se efectúa al margen de toda planificación o intervención gubernamental: de hecho son las misiones (sobre todo la salesiana) y las juntas provinciales, las que suplen la ausencia del Estado. Entre estas juntas, las del Azuay son de lejos (y lo son aún hoy) las más dinámicas. A partir de 1916, se crea una Junta Promotora de la Colonización Oriental del Azuay, a la que sucede en 1925 un Comité Colonizador Oriental Azuayo (Mora, 1925; Salazar, 1986); tanto en el plano institucional como a nivel de sus políticas, estas entidades preludean al Instituto de Recuperación Económica del Azuay-Cañar (1952), que se transforma posteriormente en el CREA. Es necesario señalar la originalidad de estas instituciones en comparación con aquellas que existen en otras provincias serranas. Sus actividades, su organización administrativa, su nombre mismo, muestran que las autoridades locales consideran de hecho al Oriente, (bautizado significativamente "Oriente Azuayo") como una extensión natural del territorio provincial, incluido sin discusión de ninguna clase en su esfera de jurisdicción. En efecto, el Azuay practica una verdadera hegemonía provincial sobre su porción de Oriente, a tal punto que el CREA y las organizaciones que le antecedieron compitieron con el Estado en muchos aspectos. En general, las tentativas de colonización dirigidas y fomentadas por esas oficinas no fueron un fracaso; por el contrario, los trabajos de infraestructura y en especial el mejoramiento o la creación de vías de comunicación fueron un éxito y jugaron un rol primordial en el desarrollo de Morona-Santiago. En otros sitios se siente más el peso de las instituciones nacionales, debido a la inercia de las autoridades provinciales, lo que no es necesariamente una buena cosa. Las múltiples modificaciones (tardías por lo demás) de la ley que rige en principio la colonización oriental,³⁸ las constantes reformas y la proliferación de las agencias a las que se encarga dirigir el proceso (al INC fundado en 1957 le sucederá en 1964 el IERAC, al que se suma el INCRAE (1978), el CANE, PRESEDUR... etc.) son un índice de las dificultades que tiene el Estado para organizar un movimiento de colonización que hasta el día sigue siendo predominantemente espontáneo.

Las vicisitudes de la implantación misionera entre 1800 y 1960 son naturalmente el reflejo de la evolución política y económica de la Alta Amazonía durante este período. Hasta 1869 los dominicos (de facto) y los franciscanos (de jure) comparten la evangelización oriental de los grupos al sur del Napo: sin embargo, sus actividades son todavía esporádicas y de efectos muy limitados y localizados. En 1869 los jesuitas son nuevamente restituidos por García Moreno, quien les otorga otra vez la jurisdic-

38 Ley de Reforma Agraria y Colonización, 1984. Ley de Colonización de la Región amazónica, 1978.

ción religiosa sobre todo el Oriente ecuatoriano. La Compañía se establece con gran despliegue y fuerza en la provincia de Quijos, donde trata de resucitar las reducciones. Esta tentativa provocó una viva resistencia, tanto de los colonos -que se vieron privados, por la supresión del reparto (cf. infra), de una forma esencial de explotación de la población indígena- como de los indios, quienes llegado el caso, prefirieron el sistema del reparto y la movilidad que este les ofrecía a la sedentización les permitía forzada y la ingerencia meticulosa de los misioneros (cf. Jouanen, 1977, *passim*). Los jesuitas se establecen igualmente en Macas, Canelos, Gualaquiza y Zamora, pero los Shuar de Gualaquiza y más tarde los de Macas (en 1885) se rebelan y huyen, siguiendo el ejemplo de los Indios de Quijos. La Compañía de Jesús abandona entonces rápidamente sus misiones en zona jíbara y en 1886 el sector Macas-Canelos, que había sido erigido en prefectura apostólica, es devuelto a los dominicos. Estos se instalan en Macas pero no se quedan mucho tiempo. Lo abandonan en 1892 para en lo sucesivo ocuparse de sus establecimientos al norte del Pastaza. En efecto, esas misiones se desarrollan considerablemente en toda la región comprendida entre el Bobonaza y el Tigre, favorecidas por la implantación de patrones, la expansión de Canelos y los movimientos de población ocasionados por el boom cauchero.

A la ofensiva de los dominicos al norte del Pastaza, corresponde el progreso de la misión salesiana al sur. En 1893, los Salesianos, ya implantados en Méndez y Gualaquiza, son encargados oficialmente del Vicariato de Méndez, mientras que los franciscanos reciben en compensación el Vicariato de Zamora. La misión franciscana, sin embargo, no crece (es abandonada de 1897 a 1921) y aun hoy es muy pequeña. En cambio, la misión salesiana se desarrolla de manera impresionante: de Méndez se extiende hacia Indanza, luego a Macas en 1924 (anexada al Vicariato de Méndez en 1930) y a Sucúa en 1931. En 1943 los salesianos abren el primer internado indígena en Macas, fundan otra misión en Yaupi en 1945 y otra más en la región de Chiguaza en 1951; finalmente, en 1959, crean la misión de Taisha, dotada de un vasto internado.

Del lado peruano, en el Marañón y en el curso inferior de los afluentes septentrionales del río, reaparecen los jesuitas en el siglo XIX y se establecen en zonas de los Aguaruna y los Huambisa, a pesar de los varios levantamientos indígenas. Pero a partir de 1921 los Pasionistas les hacen la competencia instalándose en Yurimaguas y tomando a su cargo el Vicariato de San Gabriel del Marañón. Estos últimos emprenden giras de evangelización primero hacia los Murato-Kandoshi, luego hacia los Huambisa y los Aguaruna y finalmente donde los Achuar del Huasaga a partir de 1930. Además, después de la guerra de 1941, vuelven a tomar las antiguas misiones de Andoas y de Tonegrama. Sin embargo y a diferencia de los salesianos y los dominicos, los pasionistas se contentan con visitar de vez en cuando a sus neófitos; hasta 1940, no tratan ni de sedentarizar, ni colonizar, ni escolarizar, limitándose a nombrar "funcionarios" indios encargados en principio de hacer reinar la "civilización" en sus pueblos.

Por otra parte, desde el principio del siglo XX, las órdenes católicas tienen que afrontar la aparición de las misiones de evangelistas norteamericanos. La Gospel

Missionary Union (GMU) se instala en Macas en 1903 y en Sucúa en 1919. En 1936, se funda una segunda misión protestante a dos días de marcha al sur de Sucúa, en el Upano. Finalmente, en 1945, F. Drown crea la misión de Macuma (dotada desde su fundación de una pequeña pista de aterrizaje) que ejercerá una considerable influencia sobre los destinos de los Shuar y de los Achuar del Ecuador. Tres años más tarde, la GMU se implanta en Mera (en las antiguas instalaciones de la Shell), misión que les servirá de base para abastecer los centros al norte del Pastaza, a partir de 1960. En 1954, una segunda misión, un avance de la GMU, también dotada de pista de aterrizaje, se establece en el alto Cangaimo y, en 1957, la GMU, ahora en colaboración con el Instituto Lingüístico de Verano, comienza a difundir emisiones en lengua Shuar a partir de Macuma. La misma rivalidad se desarrolla en el Perú, aunque la llegada de los fundamentalistas americanos (sobre todo en la forma del Instituto Lingüístico de Verano) es allí, más tardía; la Wycliffe no se instala sino en 1947, pero comienza rápidamente a ejercer una cierta influencia sobre los grupos jíbaro del sur, sobre todo en los Shapra y los Kandoshi a partir de los años 1950.

La evolución del frente misionero sigue muy de cerca la trayectoria económica y política de la Alta Amazonía. Muy limitada hasta 1870, la red misionera se refuerza considerablemente en el piedemonte ecuatoriano en la época de García Moreno, guardando por supuesto un carácter muy arcaico: se trata pues de un esfuerzo por restaurar un orden desaparecido, muy en la línea de este presidente excéntrico. A falta de un desarrollo concomitante del frente de colonización, que no evoluciona en absoluto antes del episodio del caucho, la segunda ofensiva jesuita resulta un fracaso. Por el contrario, la intensificación de la actividad misional a partir de 1890 y sus logros, se explican fácilmente: en lo sucesivo viene respaldado por un progreso económico sostenido. Además goza del apoyo del Estado, que comienza a ver en las misiones un medio de defensa contra el avance peruano. En lo que atañe a la llegada de las sectas fundamentalistas, es bastante evidente -sin querer caer en una visión mecanicista de un encadenamiento de causalidades muy complejo en realidad- que está ligada a la introducción de intereses económicos y estratégicos norteamericanos en esas regiones.

En el transcurso de esta lectura se habrán notado las grandes diferencias que existían entre las órdenes religiosas, en lo referente a sus métodos y formas de implantación. Para concluir este acápite del ensayo queremos identificar dos tipos de misiones. Los dominicos se contentan con administrar y acompañar la expansión de los indios quichuahablantes y con reproducir los mecanismos de control y extracción desarrollados en el siglo XVIII. No alientan ni la escolarización indígena, ni la introducción de nuevos factores de producción y son conscientemente hostiles a la penetración comercial, cuando ésta amenaza su ascendiente sobre los indios. Los salesianos, mientras tanto, son al mismo tiempo más modernos y más intervencionistas: sus principales armas son la colonización -que organizan y fomentan activamente hasta 1960- y los internados escolares, por los que logran hacer pasar a una gran parte de la población infantil shuar en los años 1960-1980. Tenemos entonces, por un lado,

misiones como las dominicanas (también las franciscanas, pasionistas) que simplemente perpetúan modelos de relaciones y explotación forjados durante los siglos precedentes, y por el otro, misiones como las de los salesianos (o de los fundamentalistas protestantes) que innovan desde el punto de vista de las formas de organización y aculturación de las poblaciones indígenas.

Colonos e Indígenas: evolución de las relaciones de producción

Los aspectos específicos de la implantación colonial en la Amazonía y la naturaleza del sistema económico que ella instauró implican, evidentemente, relaciones de dominación y de producción muy particulares. Hasta el fin del siglo XVIII, (y en cierta medida hasta el siglo XX) el motivo esencial de la confrontación entre colonos e indígenas no es ni la tierra, ni aun la extracción -en forma de tributo- de las riquezas resultantes de una producción indígena "tradicional", sino la captación y el control de una fuerza de trabajo sin costo alguno, dislocada de sus habituales actividades productivas. No debe sorprender, por consiguiente, que la institución de la encomienda eozzca una evolución en la Amazonía muy diferente de la que tuvo en la Sierra. Para empezar, se diferencia en la forma en que es otorgada y en su modo de funcionamiento. En efecto, mucho después de la fase inicial de la colonia y aun hasta el pleno siglo XVIII, las encomiendas orientales son todavía concedidas por derecho de conquista y a título oneroso; además, los capitanes a la cabeza de una expedición de conquista tienen la facultad de atribuir ellos mismos las encomiendas -"por tres vidas"- a los miembros de su expedición, a condición de hacerlas confirmar por el gobernador de la provincia. Por otro lado, aunque estaba prohibido poseer simultáneamente encomiendas y cargos administrativos de alto rango (especialmente el de gobernador), esto no se aplica a las autoridades provinciales orientales "cuando en virtud de la capitulación hubieran fundado y poblado tres ciudades, una provincial y dos sufragáneas",³⁹ como fue justamente el caso de Maynas. En fin, en virtud de su modo de atribución, las encomiendas orientales escapan a las pesadas deducciones fiscales que impone puntualmente (v. g. en 1703) la Corona.⁴⁰

Empero la imposición del sistema de la encomienda en la Amazonía tropezó con dificultades insuperables debido a las estructuras socio-políticas y territoriales de las poblaciones autóctonas mismas. En efecto, para funcionar correctamente, la institución exigía: un cacicazgo constituido, un principio de sucesión automático (unilineal de preferencia) y grupos estables y sedentarios, esto es, todo un conjunto de características de las que justamente carecía la mayoría de las sociedades selváticas. Estas ausencias se encuentran en el origen de una doble desviación de la encomienda

39 Antonio de León Pinela, en J.M. Ots Capdequi, 1976: 152, citado en Porras, op. cit., 34.

40 Ver la tesis de Porras cap. 3: también Anda Aguirre 1955 y 1980; Jaramillo Alvarado 1982; ANH/Q, Oriente 2; 1772-96; ibid 1622-X-17; ANH/Q Encomiendas I, 1630, c. 02, leg. 15; Costales, 5 (1978), p. 15 y ss.

en las tierras bajas: por un lado, se recurre a criterios territoriales (y no sociológicos) para delimitar a los repartimientos, a fin de contrarrestar los efectos de una organización acéfala y de una territorialidad indígena muy inestables;⁴¹ por el otro, se permite el desarrollo de la esclavitud. Por supuesto, esto último tiene otras raíces que no son puramente institucionales. Sin embargo, no puede haber duda de que la encomienda ofrece un marco legal perfectamente adecuado para justificar todas las correrías de las que era víctima tal o cual grupo de indios, tildados en estas circunstancias de cimarrones apóstatas. Y si bien es cierto que los jesuitas se quejaban de los encomenderos y denunciaban fácilmente los abusos del sistema -sobre todo cuando estos amenazaban sus reducciones o su dominio sobre grupos en vías de evangelización- no es menos cierto que ellos también contribuyeron a los abusos, ya sea librando a los "civiles" de las tribus rebeldes (como los Gaes por ejemplo) ya sea "alquilando" indios reducidos a los colonos, con el pretexto de que la misión no tenía los medios suficientes para mantenerlos.⁴²

El rol de la esclavitud y el encubrimiento de ésta por la encomienda, explica la supervivencia de la institución en la Amazonía (mucho después de su abolición oficial), sobre todo en Maynas y en Quijos, donde ella permite asegurar un servicio doméstico mínimo, pero suficiente para la reproducción material de las familias de colonos. Empero, por su inadecuación a la estructura social y territorial de los grupos indios selváticos, por la huida o la desaparición de los indios accesibles, como también por la debilidad creciente del encuadramiento coercitivo, la encomienda pierde progresivamente importancia y después de 1730 no representa sino un vestigio sin ninguna relevancia para la vida económica de la Alta Amazonía.⁴³ Se generalizan entonces otras formas más eficaces de explotación de la fuerza de trabajo -por lo demás ya presentes en germen en el siglo XVII-, con modalidades distintas según las regiones, según la naturaleza de las sociedades indias involucradas y según el tipo de organización existente. Es imperativo en este punto hacer una distinción entre indios "mansos", nominalmente cristianizados y "aucas", indios rebeldes, pues la naturaleza de su integración a la economía colonial, y luego nacional, difiere radicalmente hasta la generalización del patronazgo en las últimas décadas del siglo XIX.

En lo que atañe a los "mansos", su estrecha articulación con los establecimientos coloniales civiles y/o eclesiásticos y la creación de funcionarios indígenas, colocados entre su sociedad y la de los blancos, permite -en ocasiones con éxito- la

41 Ver a este respecto los documentos relativos al proceso seguido contra dos encomenderos de Sevilla de Oro en 1587, en Costales, 6: 15-79.

42 Cf. Jouanen, op. cit., 2:428-441. Comparar por otro lado con la situación en el Gran Pará, donde la esclavitud se desarrolla y se mantiene con el pretexto del "rescate" ficción jurídica que permite a los Portugueses "comprar" a los indios cautivos de guerra para someterlos a servidumbre (Sweet 1976, Kelly 1983).

43 En 1724, por ejemplo, no quedan sino diez encomenderos en toda la provincia de Quijos (incluido Macas). Cada uno de ellos disponía de diez a treinta indios (González 1724, citado en Oberem, op. cit., 88).

imposición de diversos tipos de impuestos. En primer lugar el tributo pagado en oro, en pita o en algodón. En la medida en que gobernadores y curas fueron retribuidos con el producto de este impuesto se comprende que hayan hecho de todo para percibirlo: en Quijos, en Andoas, en Canelos -y en menor medida en Borja- gobernadores y curas, en buen año o en mal año, recogieron el tributo a pesar de la huida de los tributarios, de su pobreza y de su resistencia activa o pasiva. Suprimido oficialmente por primera vez en 1811, el tributo fue restaurado por Bolívar en 1828, decreto en virtud del cual todo indio de 18 a 50 años tenía obligación de pagar 3 y 4 reales anuales, tal como en la época colonial. Pero al igual que en este período, en 1828, no fue pagado regularmente. Más todavía, debido a la disminución de la influencia de los blancos en la Amazonía entre 1750 y 1850 resultó mucho más difícil cobrarlo, razón por la cual el Congreso ecuatoriano lo suprime nuevamente en 1846, liberando así a los Indios del Oriente de toda "contribución personal".

Pero como los funcionarios civiles y el clero tienen que ser de algún modo retribuidos, se decide otorgar a los gobernadores (a cuyo cargo está el pago de los curas) el monopolio de los intercambios comerciales con los indios. Así se generaliza el sistema conocido con el nombre de "reparto" y sus variantes. Osculati (1929: I, 216 ss) describe de este modo el funcionamiento del reparto en Quijos: dos veces por año, en Archidona, el gobernador (conocido como "apu") reunía a los indígenas y les distribuía objetos sin valor (imágenes religiosas, pañuelos, espejos...) exigiéndoles en cambio un pago en oro o en pita. Este sistema, por inicu que haya sido, ofrecía a pesar de todo una ventaja considerable desde el punto de vista de los indios: les permitía ausentarse de sus pueblos en busca de oro o de pita varios meses al año y de este modo podían librarse de las ingerencias de los blancos. Debido a estos viajes el reparto fue un factor considerable en el desarrollo de la institución "purina" y contribuyó a la expansión de los Quijos hacia el sur, hasta que fue suprimido definitivamente en 1899.⁴⁴

Hasta donde conocemos, el sistema de reparto no fue jamás oficialmente practicado en Macas, donde además, los colonos disponían de una mano de obra casi cautiva, gracias a las "colonias" serranas del alto valle del Upano. Esos campesinos, originalmente de encomienda, servían de cargadores y de peones estacionales en las parcelas de tabaco y de caña de azúcar de los Macabeos; solo más tarde en las últimas décadas del siglo XIX, los Shuar comenzaron a trabajar de manera episódica para los colonos en cuestión. Igualmente Canelos dirigida exclusivamente por los dominicos,

44 En realidad el monopolio acordado a los funcionarios civiles sobre los intercambios comerciales con los indios fue suprimido antes, gracias a la intervención de los jesuitas ante García Moreno. Este sistema impedía, en efecto la sedentarización de los indios (obsesión de los jesuitas) porque les obligaba a ausentarse una gran parte del año para pagar sus deudas. Es además un antiguo gobernador de Quijos, arruinado por esta decisión, quien asesinó a García Moreno. En cuanto a los indios, sus rebeliones y sus continuas huidas en la época de la Restauración jesuita, testimonian suficientemente que preferían más una explotación económica desvergonzada a una sedentarización forzada (Oberem, op. cit., 81-93; Jouanen 1977, passim).

se escapó del sistema de reparto debido a la ausencia de autoridades civiles. Sin embargo, los misioneros instituyeron formas de impuestos comparables. Los religiosos recibieron no solamente su parte del tributo -pagado a la Corona primero y al gobierno criollo después- sino también, a partir de 1808, el importe de los diezmos, una especie de impuesto sobre los servicios religiosos como los bautizos, los matrimonios, etc. Los diezmos fueron cobrados en oro, lo que contribuyó a la expansión de los Canelos río abajo del Bobonaza.

Además, a esto se debe agregar el camarico, obsequio en alimentos ofrecido a los curas durante las fiestas indígenas, y toda una serie de prestaciones personales idénticas a las impuestas por las autoridades civiles en Quijos, dirigidas a asegurar la subsistencia de los misioneros residentes, como mano de obra, materiales para construcciones, escolta, transporte (en litera o en piragua) y servicio de correo... etc. Este conjunto de prácticas fue perpetuado por los dominicos hasta fechas recientes.

El sistema de explotación fiscal, al que fueron sometidos los quichua-hablantes, tuvo efectos notables en los grupos que todavía no habían sido reducidos, particularmente entre los jíbaros. En general, este sistema forzó a los Quichua a penetrar más y más en territorios rebeldes. Más concretamente, la recolección de los productos reclamados por las instancias eclesiásticas y civiles, frecuentemente involucró a los infieles, pues estos proveyeron a los Quichua con qué pagar parte del tributo a cambio de bienes manufacturados a los que los Quichua tenían acceso. La extracción hecha sobre el trabajo y las riquezas de los indios quichuizados se tradujo, entonces, en una intensificación de las relaciones de trueque entre “aucas” y “runas”, siendo estos últimos los principales intermediarios en la colecta de productos forestales y la difusión de los bienes de origen blanco.

El boom del caucho y la generalización del patronazgo que de ello se deriva, aporta una modificación decisiva al conjunto de relaciones que se iban formando entre el mundo “civilizado” y el mundo “bárbaro”. Nos referimos a la integración creciente -más o menos fuerte y directa según las regiones- de indios rebeldes y de su fuerza de trabajo a la economía nacional. Hasta las primeras décadas de siglo XX, la situación de los “aucas” fue, en efecto, muy diferente de la de los quichua-hablantes. En ausencia de una organización eficaz, era evidente la imposibilidad de sustraerles directamente tributo o trabajo. Por esta razón, los intercambios económicos con esta categoría de indios se hacían, como acabamos de ver, por intermedio de los Quichua o también, en muy pequeña escala, por enganche, gracias a la audacia de algunos comerciantes que habían comenzado desde mediados del siglo XIX a aventurarse en territorio “auca”. Empero el trabajo proporcionado por los indios “salvajes” era aún muy limitado, a causa de su movilidad, y por la ausencia o el débil desarrollo de relaciones sociales que hubiesen permitido a los regatones controlar a sus “clientes”. Así pues, estos comerciantes se encontraban enteramente a merced de la demanda indígena de bienes manufacturados, y los indios por su parte quedaban dueños de la distribución de su fuerza de trabajo, aún si eran sometidos a un intercambio muy desigual. En suma, los indios se encontraban en este período en una relación de fuerza relativamente

favorable, pues los intercambios reposaban exclusivamente sobre la fuerte dependencia de los bienes que podían proveer esos comerciantes. Estos últimos, mientras tanto, tuvieron que soportar la competencia de los Quichua y de otras fuentes (especialmente misioneras) que permitían a los “aucas” obtener herramientas. Para defenderse de ella los regatones tuvieron que mantener sus precios a un nivel relativamente bajo. Pero a partir de 1900, esta situación cambia. La introducción de armas de fuego que siguieron las huellas del boom cauchero (particularmente carabinas a repetición) va a consolidar definitivamente la dependencia de los indios frente a las fuentes de aprovisionamiento de ese factor estratégico, al mismo tiempo que los mestizos comienzan a participar en el comercio de curare (Tikuna y Lamista), un negocio más rentable. De ahora en adelante, los rebeldes se verán obligados a tratar directamente con los comerciantes, los patronos y los misioneros: la red quichua, demasiado pobre, ya no bastaba para satisfacer su demanda.

De manera general, el sistema del patronazgo se fundó sobre una relación de intercambio contractual (o por lo menos percibida como tal) entre un grupo local indígena y un “patrón”. Este adelanta una “paga” en forma de bienes manufacturados, sobrevaluados en relación a su valor monetario real. En contraparte, los Indios se comprometen a proporcionar una cantidad determinada de trabajo o de productos. En realidad, el “patrón” es casi siempre un simple habilitador o hasta un sub-habilitador, que trabaja por cuenta de un comerciante establecido en una aldea mestiza como Intuto, el que a su vez se encuentra bajo la dependencia de un comerciante más importante que opera en una ciudad como Nauta o Iquitos. Estos son los eslabones de un encadenamiento mínimo, puesto que las redes comerciales en cuestión frecuentemente cuentan con un número más elevado de intermediarios, entre habilitadores, sub-habilitadores, regatones y chinganeros (tenderos).⁴⁵

En vista de que el trabajo es pagado por anticipado, el sistema del patronazgo representa un riesgo considerable para cada uno de los miembros del circuito, salvo para los indios. Es necesario, por lo tanto, que al final de la cadena intervenga un mecanismo que asegure el respeto de las obligaciones adquiridas por parte de los indios. Este mecanismo consiste en el establecimiento de relaciones sociales que van, si no a esconder, por lo menos a disimular la desigualdad de la transacción. El compadrazgo, relación de afinidad, es una de ellas. Otra es el “protectorado” paternalista según las regiones. La introducción de este tipo de vínculos sociales -inéditos en el caso de los indios rebeldes- es la que marca la diferencia esencial del patronazgo frente a otros sistemas de explotación anteriores.

El patronazgo participa del enganche clásico, pero también de la encomienda. En efecto, como en el caso de esta última, concierne no solo a un individuo, sino a la totalidad de un grupo local o a un conjunto de grupos locales que gravitan alrededor de un shaman, con el cual el habilitador establece vínculos de compadrazgo o hasta

45 En Colín-Delavaud *op. cit.*, se encuentra una buena descripción del patronazgo y de la industria de la madera tal como funcionaba en el Tigre en los años 1970.

de parentesco. Estos líderes se vuelven entonces intermediarios obligatorios entre el patrón y su grupo local, lo que va a tener importantes consecuencias en la evolución de las relaciones políticas en el seno de las tribus. Hasta ese entonces, las relaciones de intercambio habían sido difusas, y cualquiera podía iniciarlas de común acuerdo con los regatones o con los indios cristianizados. Con el patronazgo, los shamanes se convierten en la puerta de acceso a los recursos codiciados de parte y parte, lo que ocasiona no solo modificaciones en las relaciones de poder entre indígenas, sino también en el sistema de las relaciones entre los grupos locales que pierden algo de su fluidez y apertura: cambiar de grupo local, significa cambiar de patrón y viceversa, de ahí un reforzamiento de la cohesión y del cierre de los grupos.

La forma y la intensidad de la relación del patronazgo varía mucho en función de las regiones y de la naturaleza del trabajo exigido a los indios. Estuvo más difundido en la zona de Quijos (a excepción del sector Loreto-Avila), donde prácticamente cada "muntun" o grupo local era controlado por un patrón. El aumento local del patronazgo en esta región está ligado a la extensión creciente de pequeñas haciendas de producción diversificada, orientadas al comienzo a la recolección de productos naturales - pita, ishpingu (falsa canela)- luego hacia el lavado de oro, y finalmente hacia la cría de bovinos o de cultivos comerciales, como la naranjilla. El endeudamiento de los indios aseguraba a estas fincas una mano de obra permanente y constituía también una forma de esclavitud apenas disimulada. En efecto, la deuda de un indígena podía ser "cubierta" por la donación de un niño. Esos niños, conocidos con el nombre de "pongos", eran adoptados por el patrón, quien los inscribía con su nombre en el registro civil y se servía de ellos como domésticos hasta la mayoría de edad. Luego surgían dos posibilidades: o se quedaban como trabajadores permanentes en la hacienda, o bien, como algunos Achuar, regresaban a sus tierras. La estabilidad de un "muntun", y por consiguiente de la reserva de mano de obra de un patrón, suponía un estrecho control de las alianzas entre indígenas. Según Wavrin (1941:166), en la región del Napo, cuando un joven indio perteneciente a un patrón contraía matrimonio con una chica de otro grupo local (lo que en principio era la norma en esa cultura), el amo del muchacho pagaba al otro patrón un equivalente del "precio de la novia", suma que venía a agregarse a la deuda del joven frente a su propio patrón.⁴⁶ (cf. también Muratorio, 1987).

En territorio jíbaro los patrones no lograron nunca (con una sola excepción de la que hablaremos después) ejercer un control muy estricto sobre sus "clientes": primero en razón de la naturaleza misma de la organización social jíbara, más acéfala y menos fija, desde el punto de vista territorial, que la de los grupos de quichua-hablantes; luego porque tenían que tratar con indios menos aculturados y más rebeldes. En la zona shuar ecuatoriana, donde el sistema de hacienda se desarrolló menos que en Quijos y sobre todo más tardíamente, los indios fueron movilizados

46 Sobre los efectos del patronazgo en el Napo, ver Muratorio 1987, *passim*, Oberem: cit. 93-101 y Mac Donald 1979 y 1981 (1986).

regularmente por comerciantes Macabeos solo para servir de cargadores. El resto del tiempo se les permitió que trabajaran por su cuenta a condición de que entregaran productos comerciables forestales y animales domésticos. La creciente influencia de los misioneros salesianos sobre los indios del sur del piedemonte y la competencia que hacían a los colonos en materia de suministro de bienes manufacturados, explican igualmente la relativa debilidad del patronazgo en ese sector. En las franjas orientales de la zona jibara, mientras tanto, lo esencial del tráfico con los patrones reposaba en el comercio de la madera, puesto que la explotación de esencias finas reemplazó rápidamente a la del caucho; en 1928, cuatro tronqueros peruanos estaban ya instalados en la desembocadura del Huasaga (según fuentes pasionistas citadas por E. B. Ross, op. cit: 136) y el comercio de la madera es hasta hoy día algo muy importante en la zona achuar peruana. Hay también testimonios de la presencia de patrones en el Marañón, entre los Aguaruna y los Huambisa, desde principios del siglo. En este caso, las redes comerciales se orientaron hacia el tráfico de pieles, del coral y de otros productos de recolección.

En los afluentes del Marañón, como en el Huasaga y el Corrientes, los habilitadores o los auxiliares de los patrones, trabaron relaciones de parentesco con grupos locales jibaros, casándose con mujeres indias. Esta práctica, que fue muy corriente y que tendía a garantizar la deuda contraída y a ocultar la explotación bajo forma de obligaciones inherentes al parentesco, no dejó de presentar ciertos inconvenientes pues, por el hecho de su inclusión dentro de una parentela india, el mestizo se encontró implicado en conflictos y venganzas intratribales, cosa que le expuso a perder la vida.⁴⁷ Su situación fue todavía más complicada, si se considera que para consolidar su influencia el mestizo se atribuía dotes de curandero con lo cual se hechó por encima sospechas de agresión shamánica. En síntesis, la persistencia de feudos y la movilidad de los grupos locales imponen también en este caso límites a la empresa de los comerciantes puesto que la única manera de acercarse a la mano de obra india es a través de alianzas, con todos los riesgos que ello supone. En cambio, en cuanto el feudo intertribal tradicional pierde su fuerza, el poderío de los patrones tiende a extenderse, como en el caso de los Achuar de Corrientes, donde los patrones están sólidamente implantados desde comienzos de los años 1940. La influencia de los comerciantes en estos parajes se nota en transformaciones culturales significativas como, por ejemplo, en la adopción de parte de los indios de un comportamiento "ribereño" (mestizo). El patrón, por lo tanto, desempeña un papel de intermediario tanto cultural como económico. A partir de su instalación en el seno de una parentela india, sirviendo de padrino de los niños a los que ellos mismos bautizan (según la costumbre quichua, los niños toman el nombre del mestizo) los patrones lograron suprimir, o por lo menos volver clandestinas, las prácticas tradicionales como las alianzas entre primos hermanos y los matrimonios con las niñas impúberes. En efecto,

47 Entre 1970 y 1976 cuatro "tronqueros" instalados entre los Achuar del Perú fueron asesinados víctimas de conflictos intratribales (Ross, J.B., 1975 y 1980).

los comerciantes aparecen como “héroes culturales”, una suerte de misioneros laicos encargados de civilizar a los indios. No debe sorprender, por lo tanto, la frecuente hostilidad hacia ellos de los “verdaderos” misioneros, quienes a más de no apreciar en absoluto esta competencia en el plano moral, no siempre comparten la versión de civilización que imparten los patronos.⁴⁸

Ahora bien, inclusive cuando el poderío económico, social e ideológico de los patronos fue muy fuerte, los indígenas se percataron de la naturaleza desigual de la relación que los unía a los comerciantes y actuaron en consecuencia. En caso de abuso flagrante, o cuando la situación se tornaba demasiado pesada, cambiaban de patrón o por lo menos amenazaban con hacerlo, o inclusive trataban de aumentar su deuda indefinidamente sin por ello intensificar su trabajo. En ausencia de substitutos o del apoyo de otras formas de coerción (como era el caso en Quijos o en el valle de Upano), el sistema de patronazgo encontró sus límites absolutos: pues si el habilitador rehusaba aumentar el crédito a sus “clientes”, estos le abandonaban o le traicionaban: si aceptaba, mientras tanto, considerando los lazos de parentesco, a los que hemos hecho alusión y que como hemos visto fueron de difícil manejo, corría el riesgo de jamás recuperar su capital.

A MODO DE CONCLUSION

En resumen, a partir de 1760 varias fases bien claras marcan el compás de los modos de inserción de las poblaciones indígenas en la sociedad dominante. Después de la expulsión de los jesuitas, la red de colonización, ya muy debilitada, se reduce considerablemente, mientras que los indios gozan de una recuperación demográfica a la vez que territorial, muy notoria, especialmente en los grupos quichua-hablantes. El retroceso económico de los blancos hace que, por primera vez desde el fin del siglo XVI, y por iniciativa de los mismos indios, se establezca contacto entre los colonos y los indios rebeldes. A pesar de la hostilidad y de la incomprensión que caracterizan estos encuentros, algunos comerciantes adquieren la costumbre de relacionarse con los “aucas”, estableciendo de esta manera un tipo de relación generalizada posteriormente por el desarrollo del patronazgo.

A partir de 1850, la progresiva intensificación de las actividades extractivas, unida al acelerado desarrollo económico del piedemonte peruano, provoca un nuevo reflujó de indios rebeldes que se aíslan en zonas-refugio, y un aumento correspondiente del volumen de los intercambios entre colonos y quichua-hablantes, por un lado y entre quichua-hablantes y “aucas” por el otro. Todo esto permite que los “mansos” recuperen su rol de intermediarios entre el mundo “salvaje” y el universo de los colonos. La presión económica a la que están sometidos los Quichua, unida a su gran crecimiento demográfico, les obliga a infiltrarse progresivamente en zonas abando-

48 Sobre el rol de los patronos en la zona jíbaro del corrientes, ver Saymor-Smith 1983

nadas o recorridas por los "infieles".

El boom del caucho marca una ruptura en esta evolución que todavía no es muy estable: significa el regreso a prácticas esclavistas a gran escala, que como antaño afectan al conjunto de las poblaciones autóctonas, pero al mismo tiempo comporta la instalación de nuevas formas de articulación más durables especialmente en la zona de la Amazonía ecuatoriana, donde la extracción de un caucho de segunda clase (la balata) se efectúa en el marco de pequeñas empresas obligadas por la falta de medios, a transigir con las sociedades indígenas, quienes les proporcionan su mano de obra. Con el colapso del ciclo cauchero, los blancos abandonan nuevamente la región, empero el boom deja sus huellas en una fracción de esa red de pequeños explotadores, transformados en comerciantes de otros productos de extracción, red a la cual se incorporan los indios rebeldes en forma definitiva.

Implantados en tierras rebeldes, merced al caucho, los patrones van a lograr mantener su poderío sobre estos grupos, gracias a la conjunción de varios factores: la creciente dependencia de los indios en las armas de fuego, el desmantelamiento (consecuencia de los estragos causados por la explotación del hevea) de ciertos circuitos de intercambio indígenas que caen en manos de mestizos y finalmente el relativo empobrecimiento de los quichua-hablantes, sometidos a una presión económica y a un control cada vez más pesado, que les imposibilita proporcionar a los "aucas" todos los bienes manufacturados que estos últimos quieren obtener. Desde entonces, el trabajo alienado, más o menos intenso según las regiones, se convierte en un elemento permanente en la vida de todas las sociedades indias de la Alta Amazonía ecuatoriana.

Al mismo tiempo que se extiende y se consolida el patronazgo, aparecen también las premisas de nuevas formas de explotación del trabajo indio. A partir de 1920 las compañías extranjeras y luego las multinacionales, sobre todo las petroleras, comienzan operaciones en la Alta Amazonía. Como consecuencia de este fenómeno, un creciente número de indios se ve incorporado de manera episódica en el trabajo asalariado, lo que permite que comience a circular, aunque lentamente, dinero en la región. Con el desarrollo de la cría ganadera, fomentada por las misiones, la economía monetaria se generaliza progresivamente en toda la Amazonía ecuatoriana, y la integración de los indios a la economía comercial se vuelve definitiva e irreversible a partir de los años 1950-60. Correlativamente, las relaciones entre "aucas" e indios quichua-hablantes pierden importancia económica a lo largo del siglo XX. En cambio, y es necesario subrayar este punto, esta relación no pierde ninguna de sus funciones psicológicas y simbólicas, pues aunque ya no son los únicos en proveer los bienes occidentales, los Quichua siguen siendo los únicos que pueden traducir en términos indígenas (fundamentalmente shamánicos) las relaciones de fuerza entre indios y blancos, lo que les permite mantener el rol de intermediarios culturales esenciales.

Hay también que hacer hincapié en uno de los aspectos fundamentales de la historia contemporánea en el piedemonte ecuatoriano, frente a la zona amazónica de influencia peruana. La precoz y vigorosa expansión peruana no ocasiona en la Alta

Amazonía oriental la aparición de un frente de colonización, sostenido por una gran infraestructura misionera, sino más bien la instalación de una gran red de dependencia económica muy jerarquizada, controlada a larga distancia por agentes establecidos en ciudades muy alejadas de las zonas de operación de esa red. Por el contrario, en el noroeste de la Alta Amazonía, en el piedemonte ecuatoriano, el deshielo económico y social, más lento y tardío que en el Perú, se manifiesta muy rápidamente con el nacimiento de un verdadero frente de colonización, concretado en un continuo tejido de implantaciones mestizas, pero cuyas redes sociales tipo patronazgo, a excepción de la provincia de Napo, son mucho menos desarrolladas que en el este. Esta evolución diferencial tiene consecuencias muy distintas sobre las poblaciones aborígenes involucradas, puesto que la colonización a distancia modifica las formas de producción indígenas e indirectamente las estructuras políticas. Sin embargo, en general, la territorialidad, el tipo de hábitat, y los grandes lineamientos de la organización social, son relativamente poco afectados. De manera inversa, la creación de un frente de colonización efectivo, acarrea cambios inmediatos y dramáticos en la reorganización de los indios expulsados de sus territorios, los que rechazados por los colonos, fueron sedentarizados por los misioneros en "reservas" cada vez más reducidas. Por esta razón, los Shuar que hasta las primeras décadas del siglo XX fueron los menos "aculturados" y los más aislados de los grupos jíbaro, se encontraron brusca y violentamente atrapados dentro de un conjunto de presiones, las que en el lapso de treinta años lograron transformar radicalmente su organización social y cultural; por contraste, los Achuar, a pesar de haber confrontado diferentes manifestaciones de la presencia colonizadora desde el siglo XVII, si no antes, escaparon durante largo tiempo de la brutal aceleración de la historia, porque su inserción en la sociedad global se hizo siempre dentro del marco de estructuras dispersas que no afectaron fundamentalmente su organización socio-territorial tradicional. En otras palabras la naturaleza de las luchas entre indios y colonos es absolutamente distinta en el piedemonte, donde la tierra, como en la sierra, se ha convertido en el elemento decisivo; y en el frente oriental de hylea, en el cual el control y explotación del trabajo indio continúa siendo, como antaño, el elemento estratégico en la articulación de las poblaciones aborígenes a la sociedad nacional.

Bibliografía

AGUILAR VASQUEZ, C,

1972 "El país del sol", *Obras completas*, vol. 5, pp. 47-118, ed. Fray Jodoco Ricke Quito.

1980 Xima; *Obras completas*, vol. 5, pp. 7-248. Quito.

ANDA AGUIRRE, A,

1980 *El adelantado Juan de Salinas Loyola y sus gobernaciones de Yaguarongo y Bracamoros*, Edit, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

- BARRUECO, D. SDB.,
1959 *Historia de Macas*. Publicaciones del Centro Misional de Investigaciones Científicas Salesianas, Quito.
- BASABE Y URQUIETA, J.,
1768 (1902) "Informe sobre las provincias de Quijos, Avila, Canelos y Macas", *Colección Vacas-Galindo*, J. 1902 (*Límites...*) Vol. I, pp. 61-70, Quito.
- BONILLA, H.,
1974 "El caucho y la economía del Oriente peruano", *Historia y Cultura*, No. 8, Lima, pp. 69-80.
- BRUNING, H. H.,
1928 "Reisen im Gebiet der Aguaruna", *Baessler Archiv, Beitrage zur Völker-Kunde*, B, XII, Berlín, pp. 46-80.
- CASEMENT, R.,
(1985) [1912] *Putumayo. Caucho y Sangre. Relación al parlamento inglés*. Abya-Yala, Quito.
- CASEVITZ-RENARD, F.M., SAIGNES, T., TAYLOR, A.C.
1959 *Al este de los Andes. Ensayo sobre las relaciones entre sociedades andinas y amazónicas, siglos XIV-XVII* Abya-Yala, Quito.
- CASTRUCCI DI VERNAZZA, M.,
1849 *Viaje practicado desde Callao hasta las misiones de las dos tribus de infieles záparos y jívaros*. Lima.
- CEVALLOS, P. de,
1978 "Expediente sobre la reducción de los indios infieles de la misión de Canelos", Costales, A. y P.
1948 [1790] "Entrada a Canelos y montes de Copataza" Rumazo-González, vol. 8, pp. 91-121.
- CHANTRE Y HERRERA, J.,
1901 *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español (1637-1767)*, Madrid.
- COLIN-DELAVAUD, A.,
1977 "Le tigre: peuplement et systeme de culture" *Amazonies Nouvelles. Organisation de l'espace rural*. Travaux et Mémoires de l'IHAL, No. 30, París, pp. 59-103.
- COLIN-DELAVAUD, C.,
1977 "Le Tigre", *Amazonies Nouvelles. Organisation de l'espace rural*. Travaux et Mémoires de l'IHAL, No. 30, París, pp. 31-58.
- COMPTE, F.M.,
1885 *Varones ilustres de la orden seráfica en el Ecuador*, Quito.
- CORNEJO, M. y OSMA, F. de,
1905-06 *Arbitraje de límites entre el Perú y el Ecuador*, Tom. 1-4: Madrid 1905; Tom. 5-7: Madrid 1906.
- COSTALES, A. y P.,
1977 *La nación shuar. Investigación etno-histórica de los jívaro*, Mundo Shuar, E., 1a. Sucúa.
1977 *La nación shuar. Documentación etno-histórica*, Mundo shuar E., 1B, Sucúa.
1977 *La nación shuar. Relaciones geográficas de la Presidencia de Quito (1776-1815)*. Mundo shuar. serie E., 1C, Sucúa.
1978 *La nación shuar. Documentación Etno-histórica*, Mundo shuar, serie E., 1D, Sucúa.

- CUESTA Y CUESTA, A.,
1980 *Los hijos*. Edit. El Conejo, BLE, Quito.
- DELER, J.P.,
1981 *Genèse de l'espace équatorien. Essai sur le territoire et la formation de l'Etat national*. I.F.E.A., Ed. ADPF, col. Recherches sur les grandes civilisations. Paris.
- DENEVAN, W.,
1976 "The aboriginal Population of Amazonia", Denevan, M., ed., *The Native Population of the Americas in 1942*. Madison, the Univ. of Wisconsin Press, pp. 205-234.
- ESCOBAR Y MENDOZA, F.,
(1906) [1769] "Breve noticia de las misiones de los Maynas", in: Cornejo-Osma, vol. 5, Madrid.
- FIGUEROA, F. de,
(1986) [1904] *Relación de las misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Maynas*. 1660-1684. IIAP-CETA, Iquitos (Monumental Amazónica).
- GIROT, P.O.,
1985 "Resistencia indígena, auges comerciales y colonización: estrategias territoriales jívaras y las fases de ocupación del valle del río Chinchipe, Cajamarca, Nororiente peruano". com. presentada al 45 CIA, simposio *Las sociedades indígenas y el mercado capitalista*, mimeo, Bogotá.
- GOLOB, A.,
1984 *The Upper Amazon in historical perspective*. Ph. d., Diss., CUNY (1982), University Microfilms, Ann Arbor, Mich.
- GONZALEZ SUAREZ, F.,
1969-70
(1882) *Historia general de la República del Ecuador*, Quito, 3 tomos.
- GROHS, W.,
1974 *Los indios del alto Amazonas del siglo XVI al XVIII*. Bonner Amerikanistische Studien, II, Bonn.
- GORTAIRE, A.,
(1977) [1784] "Descripción y gobierno de la provincia de Macas", Costales, A. y P., 1C, pp. 33-39. Sucúa.
- HAMILTON, J.,
1883 *Notes and statistics on cinchona bark*, London.
- HARDENBURG, T.,
1912 *Putumayo. The devil's paradise*, Londres.
- HERNDON, W. & LARDNER, G.,
1853 *Exploration of the valley of the Amazon*. 2 vols. Washington.
- HUDELSON, J.W.,
1988 "The lowland quichua as "tribe", J. Ehrenreich, ed. *Political Anthropology of Ecuador. Perspectives from indigenous cultures*. SLAA/CCLA, State University of New York, Albany, pp. 59-79.
- IZAGUIRRE, B.,
1922-26 *Historia de las misiones franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el Oriente del Perú*, 1619-1921. 14 vols., Lima.
- JARAMILLO ALVARADO, P.,
1955 *Historia de Loja y su provincia*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
1964 *Las provincias orientales del Ecuador*. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

- JARRIN, L.H.,
1938 "Zamora", *Anales de la Universidad Central del Ecuador*, 61(305): 787-810, Quito.
- JOUANEN, J.,
1941-43 *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua provincia de Quito. 1570-1773*. 2 vols., Quito.
- 1977 *Los Jesuitas y el Oriente ecuatoriano. 1868-1898*. Guayaquil., edit. Arquidiocesano.
- KELLY, A.,
1986 *Family Church and Crown: a social and demographic history of the lower Xingu valley and the Municipality of Gurupa, 1623-1889*. Ann Arbor, Ph. D. University of Florida, 1984.
- LARRABURE I. CORREA. C.,
1905 *Colección de leyes, decretos, resoluciones y otros documentos oficiales referentes al departamento de Loreto*, Lima.
- LISTER MAW, J.,
1829 *A passage from the Pacific to the Atlantic*, Londres.
- LOCKHART J. y SCHWARZ, S.,
1983 *Early Latin America. A History of Colonial Spanish America and Brazil*. Cambridge Latin American Studies, Cambridge University Press, Cambridge.
- MACDONALD, T.,
1979 *Processes of Change in Amazonian Ecuador: Quijos quichua Indians become cattlemen*. Ann Arbor, Michigan University Microfilms, PhD. Thesis, University of Illinois, Urbana.
- MAGALLI, J.,
(1978) [1890] *Colección de cartas sobre las misiones dominicanas del Oriente*. Mundo shuar, serie E, fasc. 2, Sucúa.
- MAGNIN, J.,
1940 "Breve descripción de la Provincia de Quito, en la América meridional y de sus misiones", *Revista de Indias*, T. I., no. 1, Madrid.
- MARIN, D.,
1936 "Méndez, población del cantón Morona", *Oriente dominicano*, No. 41, pp. 25-28.
- MARONI, P.,
(1988) [1889-1892] *Noticias auténticas del famoso río Marañón y misión apostólica de la Compañía de Jesús en los dilatados bosques de dicho río*. Monumenta Amazónica, Iquitos.
- MARZAL, M.M.,
1987 "Las reducciones indígenas en la Amazonía del Virreinato peruano", in: *Amazonia peruana*, vol. V, No. 10, pp. 7-45.
- MINCHOM, M.,
1983 "The Making of a White Province: Demographic Movement and Ethnic Transformation in the South of the Audiencia de Quito (1670-1830)", *Boletín del IFEA*, vol. XII, No. 3-4, pp. 23-39.
- MORA, L.,
1926 *Sobre el cantón cuenca. Monografía del Azuay*, Cuenca.
- MURATORIO, B.,
1987 *Rucuyaya Alonso y la historia social y económica del Alto Napo, 1850-1950*. Abya-Yala, Quito.

OBEREM, U.,

1971 *Los Quijos: Historia de la transculturación de un grupo indígena en el Oriente Ecuatoriano. 1538-1956*. Universidad de Madrid, 2. vols. (Memorias Dep. de antropología).

1966-67 "Handel und Handelsgutter in der Montaña Ecuadors", *Folk*, 8-9, pp. 243-258, Copenhagen.

1974-76 "Los Cañaris y la conquista española de la Sierra Ecuatoriana. J.S.A., París, T. LXIII, pp. 263-274.

1976 "El acceso a recursos naturales de diferente ecologías en la Sierra Ecuatoriana (siglo XVI)". *Actes du 42o Congrès International des Américanistes*, París, vol. 4, pp. 51-59.

OCHOA NEIRA, M.,

1984 "La explotación de la cascarilla en el Ecuador". *Antropología, cuadernos de investigación*, P.U.C.E., Quito, No. 3, pp. 15-34.

ORDINAIRE, O.,

1988 *Du Pacifique a l'Atlantique*. Monumenta Amazónica, Iquitos.

OSCULATI, G.,

1850 *Esplorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo, 1846-1848*. Tipografía Bernardoni, Milano.

OTS CAPDEQUI, J.M.,

1976 *El estado español en las Indias*, Fondo de cultura económica, México.

PALOMEQUE, S.,

1978 "Historia económica de Cuenca y sus relaciones regionales (desde fines del siglo XVIII a principios del XIX)", *Segundo encuentro de historia y realidad económica y social del Ecuador*, Cuenca, Banco Central del Ecuador, Tomo I, pp. 127-169.

PERALTA, M. de,

(1977) [1724] "Autos del gobierno de Bracamoros", Costales, A. y P., 3:21 seq. Sucúa.

PETITJEAN, M. y SAINT-GEOURS, Y.,

1983 "La economía de la cascarilla en el corregimiento de Loja", *Cultura*, No. 15.

PIERRE, F.,

1889 *Voyage d'exploration d'un missionnaire dominicain chez les tribus sauvages de l'Equateur*. Bureau de l'année dominicaine, París.

PORRAS P., M.E.,

1987 *La gobernación y el obispado de Mainas, Abya Yala*, Quito.

PRIETO, A.J.,

1885 "Descripción de la provincia de los jíbaros", *Compte*, vol. 2, pp. 63-68. Quito.

RAIMONDI, A.,

1859

(1905) "Navegación del Pastaza", *Larrabure i Correa*, vol. 2, pp. 147-190. Lima.

1862 "Apuntes sobre la provincia litoral de Loreto", Mateo Paz Soldan, *Geografía del Perú*, vol. I., pp. 593-713, Lima.

REISS, W.,

1880 "Ein Besuch bei den jíbaros Indianern" *Verhandlung der Gesellschaft fur Erdkunde*, B. VII, Berlin, pp. 325-337.

REYES, O. R. TERAN F.,

1939 *Historia y geografía del Oriente Ecuatoriano*. Quito: Talleres Gráficos de Educación.

ROSS, E.B.,

1984 "La evolución de la economía de los jívaros en el contexto de la economía mundial", *Relaciones interétnicas y adaptación cultural*, 44o. CIA, Manchester 1982.

1980 "Ecology and the problem of tribe: a critique of the hobbesian model of preindustrial warfare" in: *Beyond the Myths of Culture*, E. Ross, ed., New-York, Academic press, pp. 33-60.

RUMAZO-GONZALEZ, J.,

1948 *Documentos para la historia de la Audiencia de Quito*. Madrid, (9 vols).

SALAZAR, E.,

1986 *Pioneros de la selva. Los colonos del proyecto Upano-Palora*. Abya-Yala, Quito.

SCAZZUCHIO, F.,

1979 *Ethnicity and boundary maintenance among Peruvian forest Quichua*, PhD Thesis, Cambridge University, Cambridge.

SCHULLER, R.,

(1911) [1784] "Documentos para la historia de las misiones de Maynas" in: *Boletín de la Real Academia de Historia*, tomo LIV; cuad. 5, pp. 337-387.

SEYMOUR-SMITH, CH.,

1988 *Shiwiari, Identidad étnica y cambio en el río corrientes*. Abya-Yala, Quito.

SINCLAIR, J. & WASSON, T.,

1923 "Explorations in Eastern Ecuador" in: *The Geographical Review*, 13 (2), New York.

SKINNER, J., (ed).,

1805 *The present state of Peru*. London.

SPRUCE, R.,

1908 *Notes of a Botanist on the Amazon and Andes*, 2 vols., London.

SWEET, D.,

1974 *A Rich Realm of Nature Destroyed: the middle Amazon valley, 1640-1750*. Ann Arbor, University Microfilms, 2 vols. PhD, Thesis University of Wisconsin, Madison.

TAUSSIG, M.,

1987 "Cultura del terror: espacio de la muerte. El informe Putumayo de R. Casement y la explicación de la tortura", *Amazonía peruana*, 14 vol. 8, pp. 7-38, CAAP, Lima.

TAYLOR, A.C.,

1988 La evolución demográfica de las sociedades indígenas del alto amazonas, siglos XVI-XX". *Cultura* 246, 507, 518

VILLAVICENCIO, M.,

1985

(1858) *Geografía de la República del Ecuador*. E.C.N., Quito.

WALKER, C.,

1987 "El uso oficial de la selva en el Perú republicano". *Amazonía peruana*, 14, vol. 8, pp. 61-89, CAAP, Lima.

WASHBURN, D. A.,

1986 *The Bourbon Reforms: social and economic history of the Audiencia of Quito, 1760-1810*. Ann Arbor, PhD. University of Texas, Austin, 1984.

WAVRIN, Marquis de

1941 *Les Jivaros*. Payot, París.

WEINSTEIN, B.,

1983 *The Amazon Rubber Boom, 1850-1920*. Stanford University Press, Stanford, California.

WHITTEN, N. Jr.

1976 *Sacha Runa Ethnicity and Adaptation of Ecuadorian Jungle Quichua*. University of Illinois Press, Urbana.

WOODROFFE, J.F.,

1914 *The Upper Reaches of the Amazon..* Londres.

YANEZ DEL POZO, J.

1986 *Yo declaro con franqueza Memoria oral de Pesillo-Cayambe*. Abya-Yala, Quito.

ZARATE, A. de.

1948 "Visita (1735-1738)", Bayle, C. *Misionalia Hispánica*, vol. 5, No. 15 pp. 543-565, Madrid.